



De mi calendario

HA renacido la vida madrileña. Pasada la época de la Cuaresma — tan triste — y la Semana Santa — tan fervorosa — la vida aristocrática de Madrid ha renacido brillantemente. Si nosotros fuéramos franceses diríamos que había comenzado la «season» de primavera; pero como no lo somos, sino que somos muy españoles, nos contentamos con decir que ha empezado la primavera, época de flores y de ilusiones, de sol y de rosas...

¡Y vaya si ha comenzado bien y animadamente! Se ha animado la Plaza de toros — ¡viva la fiesta nacional y el mujerío y la mantilla española! —; se han animado los paseos, los teatros, el circo; se han animado los salones... Y el Real ha inaugurado su temporada de primavera, y en verdad que Ofelia Nieto — gran cantante, sobre cuya labor extraordinaria han caído millones de aplausos — y Schipa y Montesanto, han recibido del público los elogios que merecen. Merece ayuda esta intentona de la empresa del regio coliseo. ¿Sabéis á cuanto ascienden los gastos de una representación de *Tosca*, por ejemplo? Pues á 13.450 pesetas, de las cuales 8.700 son para los cantantes, y de éstas solamente 5.000 para Schipa. Desquitar de las 13.450, 2.000, y las 11.450 que restan, serán los gastos de una representación de *Manon*. Conocidas, pues, estas cifras exactas no dejaros alucinar cuando veáis el teatro lleno, sino poned en duda las ganancias de los empresarios.

* * *

Decíamos que los salones madrileños se habían animado también. Y mucho, señores, y mucho. Casi todos los días hay agradables tes, deliciosos conciertos, fiestas brillantes, honradas muchas de ellas con la presencia de las Reales personas, como la del palacio de la duquesa de Fernán-Núñez, la del palacio de los duques de Parcent, la del hotel de la condesa de Casa-Valencia, la del hotel de los condes de Romanones, la celebrada en el despacho-estudio del comisario regio del teatro Real, duque de Tovar, en honor de los marqueses de Carisbroocke, hermanos de la Reina, y con asistencia de esta augusta señora.

Pero todo esto lo reseñaremos debidamente más despacio, que hoy, en estos apuntes de estas pobres hojas de nuestro calendario, no queremos sino anotar las fiestas celebradas á las que hemos de su-



VIDA ARISTOCRÁTICA, que quiere rendir constante culto á todo esfuerzo noble y honrado y á toda labor generosa ¿cómo no ha de rendir su homenaje á la ilustre condesa de San Rafael, prototipo de las damas buenas y ejemplo de las damas trabajadoras?

En anteriores números hemos hablado de esta mujer virtuosa, activa, inteligente. Pero hoy, que publicamos su retrato con orla de luto, queremos repetir cuán grande es nuestro sentimiento por la desaparición de esta dama abnegada que sólo pensó en el mejoramiento material y moral de la clase obrera.

Para ella estaban de más las fiestas mundanas. Para ella no había mas fiestas que las del espíritu. El día en que á sus oídos llegaban noticias de que sus obreritos habían aliviado su situación se alborozaba su corazón dentro del pecho y le bailaban sus ojillos dentro de sus órbitas.

No existe ya la condesa de San Rafael. De verdad que escribimos emocionados que ha muerto. Hay algunos momentos en que nos parece mentira. ¿Será una obsesión nuestra? Pero no, no lo es. Vemos llorar á los obreros, á los humildes, á los necesitados... Oímos que dobla una campana... Escuchamos el rezo de unas oraciones... Todo es por ella.

mar unos amenísimos tes en casa de los condes del Velle y en el palacio de los condes de Paredes de Nava, y en la casa, con honores de palacio, de los marqueses de Torrelaguna y en casa de la condesa de la Encina y de la señora de Vizcarrondo — donde algunas bellísimas señoritas lucen sus habilidades artísticas —; esto sin contar los consabidos lunes del Ritz, que también han entonado su «resurrexit», y otros días brillantes del Palace y la animación casi diaria del chalet del Real Club de la Puerta de Hierro.

* * *

Todo, todo muy animado, muy brillante, muy lucido. Pero como no todo en la vida es regocijo, sino que nuestro espíritu se halla cruzado de continuo por contrapuestas impresiones, he aquí que hablando de cosas tan gratas viene á nuestra memoria el recuerdo de otras dolorosas. Que ha muerto Jesusa Unzá del Valle, hija de los marqueses de este título. ¡Pobre hija! ¿Pero qué decir de estos padres que sin cerrarse otras heridas abiertas por igual motivo ven abrirse en su corazón otra nueva? Murió la señora viuda de Reñina, D.^a Araceli Romero de Tejada, como si fuera una santita. Y lo fué, lo fué. En su alma sólo hubo bondades. Y ha muerto la marquesa del Vadillo. Otro afecto que el Destino se nos ha llevado.

Estaba muy enferma, padeció mucho, la dolencia fué cruel. Y tras su esposo, el marqués, el amigo querido, el maestro respetado, ha ido ella como buscándole, como diciéndole:

—Te fuiste tú... Tantos años juntos... Yo no podía vivir sin tí...

Era de noble familia, fué buena, adoró á su marido, se miró en sus hijos. ¿Para qué decir más?

A las personas de corazón nos basta con esto para sentir que se haya muerto.

Lo demás ya lo suponéis, ya lo sabéis, aunque no lo digamos: que brilló en los salones, en los que era queridísima; que...

De un modo muy sincero enviamos á todos sus hijos nuestro pésame más sentido por este nuevo gran duelo que viene á conturbar más sus angustiados corazones.

LEON-BOYD

España, España, España... Pensad siempre en ella. En su pasado, en su presente, en su porvenir. Es la Patria.

“ NIEVE... ”

VERSOS DE MARGARITA ABELLA CAPRILE

En su deseo, VIDA ARISTOCRÁTICA, de rendir su homenaje a todo lo que represente cultura y trabajo, mucho más cuando estas manifestaciones tienen relación directa con la mujer, consagra hoy un artículo á la señorita Margarita Abella Caprile, de la aristocracia argentina, biznieta del ilustre general Mitre, que acaba de dar á la estampa un bello libro de poesías titulado «Nieve...» Y es la pluma de otro aristocrático poeta—el conde de Santibáñez del Río, marqués de Quintanar—la que dedica á la brillante escritora el saludo que ella y su libro se merecen.

TENGO en mis manos un tomo de poesías luminosas y castas y llenas de una dulce inquietud. Su autora es casi una niña. Ella nos abre la ventana maravillosa y nos muestra su paisaje interior. Ella nos dice su anhelo de *más allá*, su certidumbre de un remoto mundo inmarcesible. A veces, ella desciende —¡es tan joven!— á deliciosas confesiones...

El mar la atrae con el espectáculo de su calma, con el enigma de su serenidad y, también, en aquellos momentos de furia en que galopan las olas como corceles desbocados. Una mañana, Margarita Abella Caprile contempla el agua, soñando. Es

una mañana ardiente y calurosa
envuelta en el sopor del mes de Enero...

¿No os producen estas palabras una extraña sorpresa? Nuestra poetisa es una poetisa lejana, de un país en que el sol quema en Enero. Hay en nuestro idioma una correspondencia sensorial entre los nombres de los meses del año y el estado de la Naturaleza, que no es la misma que aquella del ambiente en que Margarita está formando su temperamento de artista. Enero es para nosotros tanto como frío, como tristeza, como desolación, mientras que para ella es fuego, pereza, abundancia, plenitud...

Escribe Margarita, en el bello lenguaje de Castilla, allá, á la otra banda de ese mar que ama tanto y que une á España con la espléndida tierra americana. El río Plata canta la belleza de esta frondosa promesa de mujer, y la capital argentina se enorgullece de su poetisa, que lleva la sangre prócer de Mitre.

Los versos de Margarita Abella, reunidos bajo el sugestivo título de *Nieve...*, están dedicados á su abuela Josefina Mitre de Caprile, hija del insigne general, que también fué poeta á los veinte años. Florece así el viejo tronco familiar, con el aroma de una hermosa juvenil y la melodía de una canción espontánea y sugeridora.

No luce en las páginas de *Nieve...*—claro está—la llama trémula del amor terrenal, ni siquiera hacen presentir en la gentil autora la aurora de ese día de ansiedad y de vibración. Una educación rígida y esmerada, seguramente lecturas copiosas, han guiado su musa por los derroteros—¡tan trillados en la Raza!—de un elegante misticismo, en que ya empiezan á agitarse trémulas é inconscientes inquietudes sentimentales.

¿Qué ha leído Margarita? ¿Cómo ha leído? Ella nos lo descubre á medias. Ha leído en el silencio de su cuarto—de un cuarto con ambiente de santuario—. Ha leído ávidamente...

En la florida llanura
de mi libro, dos corceles,
pardos corceles, mis ojos
corren veloces y leves...

Así ha leído, pero ¿qué libros han recibido la caricia luminosa de sus grandes ojos serenos? ¿Qué floridas llanuras fueron esas?
Desde luego conoce al gran lírico moderno, á Rubén Darío. Estos versos de Margarita, ¿no nos



Margarita Abella Caprile

CIUDADES ANTIGUAS Santiago de Compostela

Ciudad Santa, que guardas reliquias y tesoros, meta de los caminos y peregrinaciones, á ti, por «Vía láctea», van las constelaciones á dejar en tus aras la ofrenda de sus oros.

Ornada con la pompa de sus galas más bellas, á la luz de la luna, tu egregia catedral, diríase una reina del tiempo medioeval, con manto de brocados y corona de estrellas.

Pobre reina, que siendo rival de Roma un día, rindiéronte pontífices y reyes pleitesía, hoy yaces olvidada en tu antigua mansión...

La luna, vieja araña de luz en el Espacio, teje sobre las piedras de tu antiguo palacio, con hilos de oro y plata, su tela de ilusión.

GOY DE SILVA

Retrato

Elegante y repleta de hermosura, rebosantes de júbilo sus ojos, cual bermejo clavel sus labios rojos que vierten un caudal de donosura.

Rico vestido adorna su figura tan linda, que al amor despierta antojos, y recoge las flores á manojos al lucir en la calle su apostura.

Su blondo pelo, como el oro brilla, bajo el negro cendal de la mantilla que recuerda á la clásica manola;

Y ostenta sobre el pecho regias flores, espejo de su rostro en los colores y en perfume á su garbo de española.

E. DE FONTCUBERTA.

1920.

dicen muy alto su admiración por el poeta de Nicaragua?

Así dejo que vaguen mis ensueños en la tarde serena; siento frío, me acerco más al fuego; arden los leños. Hay mucha paz en el silencio umbrío.

(Un oso blanco, inmóvil la mirada, en suavísima alfombra convertido, recordando tal vez la estepa helada parece que sonríe complacido...)

Cierro los ojos; gozos, sentimientos, en mi largo rosario los enhebro. ... Y van cayendo blancos pensamientos, como copos de nieve, en mi cerebro.

Ama también á Nervo, á quien dedica en su libro una muy bella elegía..., y después se rompe el hilo de nuestras conjeturas. ¿Acaso leyó á los precursores del Parnaso francés? ¿Soñó, en la tarde apacible, con un tomo de Musset sobre el banco del jardín? ¿Habría aprendido, sin saberlo, en Fray Luis y en Teresa, cómo el misticismo exaltado se turba de visiones inexplicables?...

Pero, ¡no creáis que Margarita, dejando volar su imaginación, ha desertado de sus deberes femeninos, de esos amables deberes del hogar! En torno suyo, la rutina, la frivolidad y la envidia, tal vez han tejido su tela de araña. Ya Baudelaire nos cuenta cómo para una madre es la mayor de las desgracias el engendrar un hijo poeta. La madre se retuerce de dolor é impreca á las potencias desconocidas que la urdieron tal catástrofe. Sin ser este el caso de nuestra poetisa, ella ha sentido en la atmósfera familiar é íntima ese reproche por su vocación. Nos lo confiesa en un delicioso soneto de clásica factura y bien moderno de intención:

Hay quienes piensan que mi pobre rima tan sólo busca del elogio el pago; y también que á mi edad el verso que hago raro es que el triste desencanto imprima.

... Que el justo y sabio, la cuestión dirima: si así decís que la ilusión apago, ¿cómo habré de creer en el halago que mi clara conciencia desestima?...

Es que así es el destino; las mujeres sólo habrán de ocuparse en sus quehaceres y no en cantar el gozo y el dolor; mas (no creáis mi afirmación mentira) tengo versos, ¡perdón para mi lira!, que compuse bordando en bastidor.

¿No la imagináis entregada á esa labor de hadas inspirándose tal vez en ella, queriendo dar forma literaria á la trama de los hilos, que semeja trama de sentimientos y de ideas?...

En España se recibirá con gran placer esta *Nieve* tan pura y tan alba como la nieve verdadera de las sierras. Y, en seguida, se aguardarán con impaciencia los nuevos versos de la precoz cantora de *Los Gauchos*, ya maduro el fruto de su belleza y de su sensibilidad, que anuncia—cuando menos—á una artista de la talla de Elisabeth Barret Browning.

EL CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

EPISTOGARIO MADRILEÑO



QUERIDO Enrique: He de comenzar hoy por confesarle que jamás había visto una Semana Santa en Madrid. «¿A su edad?», pensará usted, seguramente, con extrañeza. Y, sin embargo, nada más natural. Ya sabe usted mi vida; lo que ha sido hasta hace poco: recluso en mi rincón del Norte, he seguido siempre con curiosidad é interés la vida de la sociedad madrileña; por algo nací entre ella y por algo me unen á ella vínculos y afectos. Desde mi rincón he asistido muchas veces á las ceremonias solemnes del Jueves y el Viernes Santo, al través de las crónicas de los periódicos y de las cartas de los amigos. Como es natural, yo me había formado una idea de lo que esas ceremonias serían, á juzgar por lo que son allá por mis montañas, guardando siempre la proporción debida. Tenía, pues, hecha «mi composición de lugar», y con tales antecedentes, decidí comprobar con mis propios ojos todo lo que ya sabía totalmente por referencias.

Al llegar á este punto, he de confesarle que mi impresión ha sido muy distinta de la que yo me figuraba. Y es que jamás creí que, ni en la corte, pudiera haber tanta grandiosidad y tanta magnificencia como la que he podido comprobar en los cultos de Palacio, las Calatravas, Santiago, San Francisco el Grande y otros templos de Madrid, por mí recorridos y venerados.

Además he tenido la fortuna de dar en todas mis visitas con cariñosas personas que satisficieron mi curiosidad, aclarándome muchos puntos que yo no podía saber por mi condición de forastero. ¡Mire usted que yo forastero habiendo nacido en Madrid!

Como no quería dejar de ver cosa alguna interesante, formé con antelación mi programa, que luego he cumplido al pie de la letra. Y así, el Jueves estuve en Santiago y en Palacio, y el Viernes, en San Francisco el Grande y las Calatravas, además de otras visitas, que ya le contaré, y de algunos paseos por las calles, donde también se vió mi atención muy solicitada.

Empezaré por comunicarle mi impresión de la Capilla pública y los actos de Lavatorio y comida de pobres en Palacio. Ante todo, ¡qué calor con tantísima gente! Yo, en la tribuna pública del salón de Columnas, creí más de una vez que me ahogaba. Después, ¡cuántas caras bonitas! Por supuesto que, al hablar de las caras bonitas, ¿quién no cita ya á la soberana belleza de la Soberana, que estaba verdaderamente radiante de hermosura con la blanca mantilla y el magnífico traje de tisú de plata y los brillantes y los berilos?

Yo llegué un poquito tarde: cuando ya habían cerrado las puertas de entrada á la galería, porque se había puesto ya en marcha la comitiva; pero pude presenciar muy bien el desfile de ésta desde detrás de los cristales de la puerta. Dos ó tres señoras y varios caballeros—por lo visto asiduos concurrentes á Capiilas públicas—, estaban allí también y aseguraban que era el mejor sitio. Casi estoy por darles la razón. Desde mi observatorio vi al público apretujado, contenido á lo largo de la galería por los Alabarderos—polainas negras, calzón blanco, peto rojo, galones de plata—. Llegó la comitiva. Pasaron los gentileshombres de casa y boca y los mayordomos de semana, con sus casacas bordadas. Las señoras que á mi lado había, iban saludando, con sonrisas, á casi todos los que en la comitiva figuraban.

—Ahí va Lastra. Ahí va Olivares. ¡Adiós, Julián!

Llegaron los Grandes de España, con distintos uniformes: del Ejército, de las Reales maestranzas, de varias Ordenes, de gentileshombres de Su Majestad con ejercicio y servidumbre. Cubiertos—por

eso, por ser Grandes—con sus roses, sus cascos ó sus sombreros de rizadas plumas.

—T'Serclaes, Guendulain, Aliaga, Elimes de Brabante..., qué sé yo... Cualquiera puede verlos á todos, así, de golpe.

Confieso que esta vez apenas si presté atención á lo que la señora decía, porque mis ojos habían advertido, detrás de la fila de los Grandes de España, las vestiduras del Nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, cruzadas con el blanco y el azul de la banda de Carlos III; las figuras de los Infantes Don Alfonso de Borbón y Don Fernando y del Príncipe Don Gabriel, y, enseguida, las de los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria. Para admirar á nuestra Reina y para advertir que el Rey llevaba el uniforme del Cuerpo de Artillería no me hicieron falta amables auxiliares. Sonaban los acordes de una marcha solemne; nuestros Soberanos, sonrientes, un tanto emocionados, marchaban, llenos de majestad y de simpatía; en el público se advertía también, un poquito de emoción; yo me emocioné también, sin saber por qué y hasta creo que di un ¡Viva el Rey!, muy bajito, que apenas yo mismo lo oí. Y es que, para los que no estamos acostumbrados, es mucho, muchísimo, ver tan de cerca, en todo su esplendor, á los representantes del poder real, á quienes todo un pueblo quiere y en quienes todo un país confía.

¿Y luego? ¡Ah! No se me olvidará, porque es una señora excepcional. Luego pasó la Infanta Doña Isabel, más simpática que nunca. Yo me acordé, sin darme cuenta, del día en que hace unos años nos visitó allá en la Montaña, y la agasajamos cuanto pudimos, y ella estuvo cariñosísima con nosotros.

Pasaron los Jefes de Palacio. Pasaron después las damas de la Reina, con sus mantillas y sus mantos, sus bandas rojas y sus lazos, sus trajes de corte, sus espléndidas alhajas.

—La Santa Cristina, la Comillas, la Parcent...

¡Qué guapas! ¡Qué lujo en su atavío! ¡Qué elegantes todas! Yo creo sinceramente que el esplendor con que se muestra en días así la Corte española no lo aventaja ninguna otra Corte.

Cuando hubieron desfilado los ayudantes del Rey y las oficialidades de Alabarderos y Escolta Real, yo conseguí, como pude, llegar hasta la Capilla y meterme en ella, aprovechando el descuido de un celador, pues ya no dejaban entrar y salir en ella. Allí asistí á los actos religiosos. Ofició el Nuncio de Su Santidad, y cantaron, allá en el coro, nada menos que Titto Schippa y Bettoni, y tocaron, además de la orquesta de Saco del Valle, nada más que Arbós, Fernández Bordas, Francés y Corvino. A mí no se me olvidarán los momentos aquellos.

Pues, ¿y el Lavatorio, luego? Perdóneme usted que me muestre maravillado por todo; pero yo quiero ser sincero y mentiría si le dijese que no me habían impresionado las figuras de los Reyes arrodilladas primero ante unos pobres y sirviéndoles la comida después, y que no me había producido admiración el cuadro que ofrecían las damas todas del cuerpo diplomático extranjero, también con mantillas; la Infanta y la marquesa de Carisbrooke—con precioso vestido azul pálido—, y las damas de la Reina.

Lo que, desde luego, le aseguro es que, como yo esté en Madrid el año que viene, vuelvo á Palacio. ¡Vaya si vuelvo!

¿Ve usted? Apenas si me queda tiempo para contarle mis restantes visitas de Semana Santa. ¡Cómo me gustó también la solemne ceremonia de los Caballeros de Santiago! ¡Tiene aquella iglesia un señorío tan especial, un poder de evocación tan grande! Lleno estaba el templo y lleno creo que ha es-

tado el Viernes también. El monasterio de las Religiosas Comendadoras hubiese tenido mayor Iglesia y lo mismo hubiera estado de atestada. Allí pude ver al duque del Infantado, al de Osuna, al marqués de Bay, al conde de Cedillo, al de Cerragería, ¡qué sé yo! No le digo nombres, porque si de todo había de darle nombres se haría esta carta interminable.

Pues, ¿y en las Calatravas? De sobra es sabido en Madrid que para asistir á los Oficios del Jueves y el Viernes, hay que pedir invitaciones con más de quince días de anticipación. ¡Hasta yo lo sabía!

Y es que, en realidad, merece la pena, por la solemnidad y brillantez de estos actos, celebrados por los caballeros de Calatrava, de Alcántara y de Montesa. Yo estuve el día en que asistió el Rey y vi cómo era recibido bajo palio por los Caballeros. Vi luego el cuadro de las tres Ordenes militares, demostrando ante los altares su acendrada fe católica, vi officiar al rector de Béjar... Y al salir, con el alma fortalecida ante el ejemplo de humildad y religiosidad que había presenciado, vi ante la mesa de petitorio los ojos de la marquesa de Belvis de las Navas y volqué mis bolsillos, porque no podía volcar mi alma.

Desde las Calatravas fuí á San Francisco. ¡Cómo resplandecía el hermoso templo! Los Caballeros de la Orden del Santo Sepulcro, continuadores de la obra emprendida por aquellos esforzados varones á quienes Godofredo de Bonillón concedió derechos y prerrogativas para guardar el Sepulcro Santo, celebraban sus cultos con una solemnidad extraordinaria. Presididos por el Gran Bailío de la Orden, don Luis Valcárcel y Mazón, postrábanse ante la Cruz, en cristiana adoración.

Aun tuve tiempo de ver cómo la Catedral estaba también llena y que oficiaba el obispo Sr. Melo, y aun pude darme la satisfacción interior de visitar, en el Jueves y el Viernes, otros muchos templos que me interesaban. Permítame, ya que le hablo de esto, que dedique un comentario al santo y piadoso ejercicio de *las Siete Palabras*, celebrado en San José por la archicofradía del Santo Cristo del Desamparo, que preside, con tanto cariño como celo y acierto, D. José de Baeza, Predicó—con una elocuente y emocionante verbosidad— el magistral de la Catedral, D. Enrique Vázquez Camarasa. El Cristo se elevaba en el presbiterio, lo coronaba una luz verde, trágica, amarga y dolorosa; al fondo, un cuadro sombrío: tormentas lejanas, la luz de unos relámpagos; la tristeza del Mundo ante la muerte del Redentor. Luego se adoró la Imagen. ¡Qué gentío! El templo, ¡qué triste! ¡Cuánta veneración al Cristo.

Muy bien, muy bien la Semana Santa en Madrid, querido Enrique. Y la calle de Alcalá, y el paseo de Recoletos, ¡cómo estuvieron de muchachas guapas! ¡Y de mantillas! En realidad he de confesarle que, para lo que yo esperaba, había pocas mantillas blancas, pero vi una que valía por todas. Era de chantilly y blondas, de casco... año 1830. De eso sí que entiendo; le respondo. ¡Una maravilla! Estoy seguro de no incurrir en hiperbólica exageración si le digo que no vi, durante mis paseos, otra igual. Pregunté el nombre de la damita que la llevaba, con gracia españolísima. Su feliz poseedora era la señorita María del Carmen Carsí y Sarthou.

Bueno: y yo, ¿para que le he contado todo esto, si usted lo sabe mejor que yo? ¿No ha ido usted también á todos estos cultos de Semana Santa? Sin embargo, no me arrepiento de nada de lo dicho. Tengo la seguridad de que coincide usted conmigo, porque usted, como yo, es admirador de todo lo bello, de todo lo noble y todo lo alto.

EL CABALLERO ENCANTADO

LAGUNAS DE LA HISTORIA

El Gran Mundo

PARÍS, Marzo 1920.
Los historiadores de tiempos viejos olvidaron, en sus relatos, muchos aspectos de la vida humana.

Bien puede afirmarse que en las crónicas de grandes siglos no resplandecen, en punto á hechos, más que el brillo de las batallas y las luces siniestras de los regicidios.

Por eso, la lectura de una gran parte de la Historia deja en el ánimo amarga impresión.

Todo se reduce á castillos roqueros, luchas fratricidas, conquistas injustas, guerras tenebrosas y otras cosas de análoga índole, todas tristes, todas dolorosas.

La historia anecdótica que triunfa á la hora presente, en particular en las páginas de la literatura francesa, que, sin disputa alguna, es la más amena de todas las literaturas contemporáneas, trae á cuento hechos más pintorescos, que se prestan mejor al cambio de luces y colores.

En ese orden de ideas figuran aquellos que hacen relación á la llamada vida mundana.

A veces, la sonrisa de una dama, los pormenores de una fiesta elegante, los secretos de una comida diplomática, alcanzan más influencia en la suerte de un pueblo que las consecuencias de una reñida batalla campal.

Leyendo libros como *La Historia de los Salones de París*, escrito por la duquesa de Abrantes, ó *Memorias* como las que se publican todos los días en Francia, en las que palpitan los misterios íntimos de épocas tan complicadas como las que precedieron á la Revolución francesa y las que vinieron tras ella, adviértese la influencia poderosa de todos esos hechos, que desdeñaron, en sus relatos, los grandes historiadores de otros tiempos.

La vida mundana, en el concepto que de ella tenemos en nuestra época, nació, por así decirlo, el día que Richelieu trajo á la capital de Francia, para agruparla en torno de la Monarquía, á la vieja nobleza, que andaba desperdigada por los castillos feudales.

Las damas y los caballeros que perdían el poderío que hasta entonces habían tenido sobre sus vasallos, procuraron restaurar su fuerza y su prestigio en la Corte, dominando en ella, á lo menos por el brillo y el esplendor de sus salones.

Toda la historia del Gran Siglo palpita, con sus rasgos peculiares, con sus colores propios, en la vida social.

En los episodios de esa vida mundana encontramos, por ejemplo, las notas características que muestran, en toda su realidad pintoresca, á una época heroica, á la época en que los elegantes se batían por poca cosa ó por nada, en que los Montmorency y los Beaufront y los Coligny contaban los desafíos por docenas, llegando el caso al extremo de figurar entre los duelistas damas tan principales como la condesa de Polignac y la marquesa de Nesle, que fueron al terreno del honor por Richelieu.

Episodios de esa misma índole pintan, mejor que el relato de cosas trascendentales, los tiempos á que ha dado el Abate Sicart este sugestivo nombre: *El gran siglo penitente*, en los que se impuso, por rendir culto á la moda, todo lo que tenía olor de santidad.

Este siglo penitente fué el siglo XVII, en el que brilló, al par que la inmoralidad, la fe, y que nos muestra, entre otras cosas extrañas, el cambio de vida de Luis XIV, la conversión del poeta Racine, la manera edificante de morir que tuvieron Ninon de Lençols, la marquesa de Brinvilliers y la misma Voisin, la famosa envenenadora; y el ingreso de la duquesa de La Vallière en el Convento de Carmelitas del Faubourg Saint Jacques.

Nada puede trazar mejor, tampoco, la silueta de un siglo que la conocida historia que llevó al teatro Sardou con este título: *El drama de los venenos*.

Las intimidades de las luchas de la *Fronde* hay que buscarlas también en la vida mundana.

La historia de Luis XVI y María Antonieta hay que buscarla en las intimidades de Versalles.

Para conocer á fondo lo que fué el Imperio, hay que conocer la Corte de Napoleón, y toda la prosa del Rey de los Franceses se encuentra en la vida burguesa de Luis Felipe, y la razón de muchas de las cosas que ocurrieron en tiempos de Napoleón III halláanse bajo los esplendores de las grandes fiestas de las Tullerías, de Saint Cloud y de Compiègne.

La vida del gran mundo, en suma, refleja, como ninguna otra manifestación de la actividad humana, el carácter de un pueblo y de una época!

JUAN DE BEÇON.



Dibujo de Magda Scassi.

Salamanca

A mi querido amigo é
ilustre paisano D. Tomás
Bretón.

Compendio y cifra de la patria historia,
Blasón egregio de la raza ibera,
En medio de los siglos reverbera
De mi ciudad la noble ejecutoria.

Voló de lustro en lustro la memoria
De los hechos, que esmaltan su carrera,
Y donde el sol de la cultura impera
No morirá el recuerdo de su gloria.

Templo del arte y de la ciencia un día,
No envidia ni de Roma los portentos,
Ni de Grecia la luz y la armonía;

Que, sabia y fuerte á un tiempo, fué ella sola
Roma, por sus grandiosos monumentos
Y por su ciencia, *Atenas Española*.

ELOY BULLÓN.



Dibujo de Magda Scassi.

LA MADRE

¡QUESTO que la vizcondesa de... oculta su título tras su firma de R. de Laugi no hemos de descubrirla nosotros; pero sí queremos darle las gracias por este puñado de líneas llenas de ternura y de noble intención.

No creáis que voy á contaros ninguna historia de amor sublime; voy sencillamente á combatir una tendencia de desvío entre los dos amores más santos, que se va adueñando de nuestras costumbres.

Todo el que frecuente los paseos donde se exhibe nuestra juventud femenina, notará la ausencia total de las madres acompañando á sus hijas como antaño se hacía, y eso que aquella generación al obrar así realizaba un verdadero sacrificio, pues su educación estaba basada en el refrán de que «el buen paño en el arca se vende», y había muchas entre ellas que nunca salieron de sus casas sino para subirse en sus coches. Pero ahora que tanto por higiene como por temor á perder la silueta pasean madres é hijas, ¿por qué no han de hacerlo juntas? No es moda—argüirán algunas tobilleras retrasadas—, y se aburrirían al tener que ir con las misses, ó acompañantas... Pues precisamente contra ésta moda ridícula y perjudicial tiende mi artículo de hoy. Y como creo que es más cuestión de éstas que de aquéllas, quiero dirigirme principalmente á las hijas para decirles que viven en un error al renunciar á la tutela de sus progenitoras. La madre debe ser motivo de admiración y orgullo siempre, aparte de la amiga insustituible á quien contar todo; que al llegar á cierta edad en que se pierden las jerarquías, que de niñas nos imponen tanto, no somos más que dos amigas que se aman entrañablemente. Más de una vez he oído lamentarse á muchachas formales de que el amor ha perdido su romanticismo, de que los hombres las tratan como camaradas, de que el tuteo se impone inmediato á la presentación. ¿Y qué es todo esto sino consecuencia de la ausencia de la madre? Su sola presencia obligaría á seguir pacientemente como antes se hacía y á que las hablasen con mayores respetos.

¡Y vosotras, madres!... No las dejéis solas. Si no podéis salir, por los quehaceres domésticos, que no salgan ellas tampoco, que á vuestro lado las aprenderán, y con ello saldrán ganando miles de hogares desgraciados por no tener ellas la cultura de «amas de casa», cuando en cambio hablan varios idiomas; y si tenéis quien se ocupe de ellos y estáis libres, salid á pasearlas y exhibirlas con legítimo orgullo y veréis como experimentáis una de las sensaciones más agradables de la maternidad, al ver como os las miran y os las cortejan.

Segura estoy de que en el fondo todas pensáis como yo... Tened valor para luchar con las corrientes modernas y los aires que nos vienen de fuera y acordaos de que sois españolas y que las madres de nuestra querida tierra fueron siempre modelo de cariño, de abnegación y de ternura. Madre doble: madre de cuerpo y madre de alma.

R. DE LAUGI.

MAGDA SCASSI

Vosotros, lectores, conocéis á Magda Scassi, la encantadora hija del ministro de Grecia en España. Nosotros también. Y hace pocas tardes, con motivo de una reunión en los salones de la Legación, acudimos nosotros á saludar al Ministro, á su esposa y á su hija bellísima. Nosotros no sabíamos que Magda Scassi dibujaba.

—No, no, si no dibujo; hago unas cuantas líneas sólo por afición—nos dijo ella mientras nos enseñaba unos cuantos pliegos con unas figuras dibujadas por Magda.

Y como le mostramos deseo de publicar algunos ya que encierran cierto mérito, puesto que sólo están hechos por pura intuición, Magda nos dijo sonriendo:

—Pues espérese un momentito. Voy á hacerlos ex profeso para VIDA ARISTOCRÁTICA.

Y apartando los que teníamos delante, tomó en sus manos dos pliegos de papel y un lápiz y sobre una de las mesas de *bridge* nos dibujó más rápidamente que lo contamos los dos dibujos que van en esta plana.

—Muy bien, Magda, muy bien—dijimos los reunidos.

—No, señores, muy mal—exclamó ella riendo ingenuamente—. Pero como no tengo ni he tenido profesor son perdonables sus defectos.

Y con una copa de champagne en nuestras manos felicitamos á esta encantadora damita, flor de la diplomacia, que tantas simpatías y admiraciones ha sabido conquistarse en España. —L. B.

Bilbao: Unas bellas fiestas de caridad



Señorita Elena Mac-Mahon,
en «Una Dama».



Señorita Carmen Montalvo,
en la «Doña Beatriz de Sanlúcar».



Señorita Marichu Aguirre,
en «Una Dama».

EL amigo Casal ha tenido la amabilidad de ofrecerme su revista para que colabore en ella con alguna crónica de mi pueblo natal.

Sería una descortesía imperdonable no aceptar sin titubeos ese honroso ofrecimiento del simpático y culto director de VIDA ARISTOCRÁTICA; mas bien sé que mi pobre pluma ha de ser incapaz de colocarse al lado de esa serie de cronistas aristocráticos con que cuenta desde su fundación, esta revista modelo de modelos.

Perdóneme, amigo Leon-Boyd, si mi crónica resultare aburrida ó monótona. Mi intención será bien distinta, más la vida mundana de esta villa se presta muy poco á revistas aristocráticas, máxime en esta época del año, en el que las damitas de nues-

tra buena sociedad se consagran por entero á los ejercicios espirituales.

Mas no hemos de olvidar el recuerdo aun latente de dos fiestas inolvidables de caridad, celebradas durante el pasado mes de Febrero.

La Cruz Roja Española en Bilbao y las damas de los Roperos de Santa Rita, fueron las encargadas de formar dos compañías de aristocráticas artistas, en beneficio de estas instituciones que tanta simpatía tienen entre nuestra gente bien.

La muy noble y caritativa dama, la excelentísima condesa de Zubiría, como presidenta del Comité de la Cruz Roja en Bilbao, fué la iniciadora de la primera velada, poniendo en escena *La segunda dama duende*.

El sólo anuncio de esta notable obra desconocida

entre nuestro público, y la calidad de sus intérpretes, fué suficiente para que el teatro de Arriaga se viese ocupado en su totalidad por público distinguidísimo, que impaciente esperaba el momento de alzarse la cortina.

Nombres de cuantos asistieron; podría llenar con ellos algunos renglones, que sé muy bien hacen mucha falta al amigo Casal para colaboradores más amenos.

Básteos saber que en las dos veladas que organizó la Cruz Roja de Bilbao estuvo representada toda la buena sociedad, cuyo conjunto realzó el cuadro ideal que sirvió de escena á las simpáticas y caritativas damitas bilbaínas.

¡Qué interpretación! ¡Qué presentación de escena! Difícilmente podría sospecharlo, si no fuese por-



Don Javier del Valle,
en el «Marqués de Ponte-Riveiro».



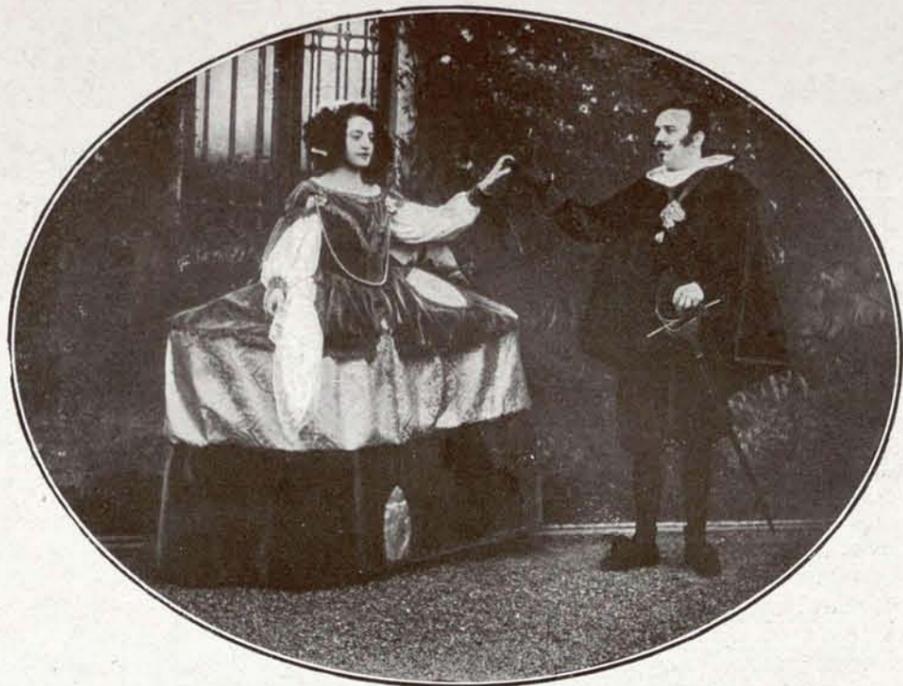
Don Fernando de la Quadra y Salcedo,
en el «Don Luis de Mendoza».



Don José Montalvo,
en el «Don Juan Pacheco».



«Una Dama» (Marichu Aguirre) y «Don Juan Pacheco» (José Montalvo).



«Doña Beatriz de Sanlúcar» (Carmen Montalvo) y «Don Luis de Mendoza» (Fernando de la Quadra).

que tuve la suerte de presenciar...; mas no es de extrañar mi estupefacción, si os consigno los nombres de las damitas encargadas de dar realce á aquel inolvidable cuadro: fueron Angelita Lastagaray (La segunda dama duende), Carmen Montalvo (Doña Beatriz), Matil Arellano (Catalina), las lindas monjitas, Julia Torrontegui, Isidora Ibarra, Angelita Artiach, Laurita Díez, Lola Gorbeña y Carmen San Pelayo...

Aquel comienzo de la obra con la clásica Pavana, de los tiempos de Velázquez, de colorido y bellezas mil, bailada por Marichu Aguirre, Josefina Ozamiz, Inocencia Bayo, Chipi de Lazurtegui, Clotilde Salazar, Conchita Villagodio, Carmen Reyes, Pilar Escos, María Luisa Gorbeña, Elenita Mac-Mahon, Carmen Zayas, Angeles Escos, Asunción Uriguen, Mercedes Oxangoiti, Carmen Salazar, Milagros San Pelayo..., sin olvidarnos también de consignar los nombres de los galanes que contribuyeron al éxito de la obra: Fernando de la Quadra Salcedo (Don Luis de Mendoza), Rafael Zubiría (el Conde de Orgaz), Javier del Valle (Marqués de Ponte-Riveiro), José Luis Zubiría (Gil Pérez), etc., etc.

La figura de la simpática Angelita Lastagaray, supo atraer al distinguido auditorio desde su aparición en escena.

Tu, Angelita, que encarnaste con tu característica sencillez aquella dama tan resuelta; que te cobijaste bajo los distintos disfraces de gallega, dama y monjita, has dejado en nuestra mente una impresión que difícilmente podremos olvidar en mucho tiempo.

Carmen Montalvo, una Doña Beatriz inimitable, demostrando arte y belleza..., arte, que ya es algo.

Matil Arellano, la consagrada artista de otras veladas; diste la nota de alegría con tu deliciosa Catalina. Bien es verdad, la bis cómica de tu Gil Pérez era capaz de inspirar á la más casta doncella.

Las tres principales intérpretes de la obra, fuisteis los factores principales del éxito alcanzado, éxito por el que os felicito desde estas columnas, cedidas por un buen amigo, para propagar fuera de nuestra tierra, el arte supremo que habéis realizado.

La excelentísima señora doña Asunción Barandiarán de Moyua, fué la iniciadora (por los Roperos de Santa Rita) de reunir de nuevo á la compañía de aristócratas bilbaínos, para poner en escena *Canción de Cuna y Rosina es frágil*.

Difícilmente habrá compañía de profesionales que pueda llegar al arte supremo, cual el de aquel grupo de monjitas ideales en *Canción de Cuna*, encarnadas por Chipi de Lazurtegui (Sor Juana de la Cruz), María Luisa Reyes, (Teresa), Paulita Medrano (La priora), Matil Arellano (Maestra de Novicias), Asun Uriguen, Carmen Reyes, Josefina Martro, Conchita Villagodio, Pilar Velilla, Mercedes Pol,

Inés Menjón, Carmencita Lozano y Marichu Arisquete. Colosales, admirables en declamación y arte...

Martínez Sierra debió asistir á nuestra velada, para convencerse que hasta entonces no fué interpretada su obra cual era debido.

deber el proclamaros como verdaderas héroes de las tablas.

Quisiera describiros una por una, pero no me es posible. El cúmulo de adjetivos que necesito es tan grande, que me rindo ante la imposibilidad de cumplir mi cometido cual os merecéis.

Perdonad si mis elogios ofendiesen en lo más mínimo vuestras modestias.

Y para que nada faltase en aquella velada, modelo de veladas, salió á escena una «Rosina» tan idealmente ejecutada por la saladísimas y simpática Marichu Arisquete, que el público, puesto en pie, tributó á la aristocrática artista, la ovación más grande que oyóse en teatro alguno. Hubo quien la comparó con Catalina Bárcena...; no quiero quitar á nadie su puesto, mas si me pidiesen mi opinión, escribiría sin reparo... Marichu Arisquete y Catalina Bárcena...

Y esto es todo cuanto puede contaros este pobre cronista.

Salí del apuro con esta primera crónica. Si este campo de acción fuese testigo de algo que mereciese la pena de reseñarse, contar con que lo hará con su mejor intención vuestro afectísimo amigo y servidor,

LUIS DE LAZURTEGUI Y JORDÁN DE URRÍES

Bilbao, 20-3-20.



«Una Dama» (Srta. De Mac-Mahon) y el «Marqués de Ponte-Riveiro» (Señor del Valle).

Me conocéis de sobra para que creáis que este elogio que hoy os tributo es por pura amistad.

El silencio podría demostrarla, pero he creído un

No dudéis nunca de la amistad que VIDA ARISTOCRÁTICA os ofrece. Ya sabéis que antes que periódico y que nada quiere ser un buen amigo vuestro.

VIDA ARISTOCRÁTICA os contará, lo mejor que pueda, todas las vibraciones de la vida de sociedad en sus manifestaciones múltiples de frivolidad y de religión, de caridad y de amor, de arte y de trabajo; pero junto á eso os dirá siempre: amad mucho á España, cuidad de vuestro hogar, adorad á vuestras madres—símbolo de todas las ternuras—, educad con el mayor encanto á vuestros hijos—hombres y mujeres de mañana— porque son la vida misma: son el porvenir.

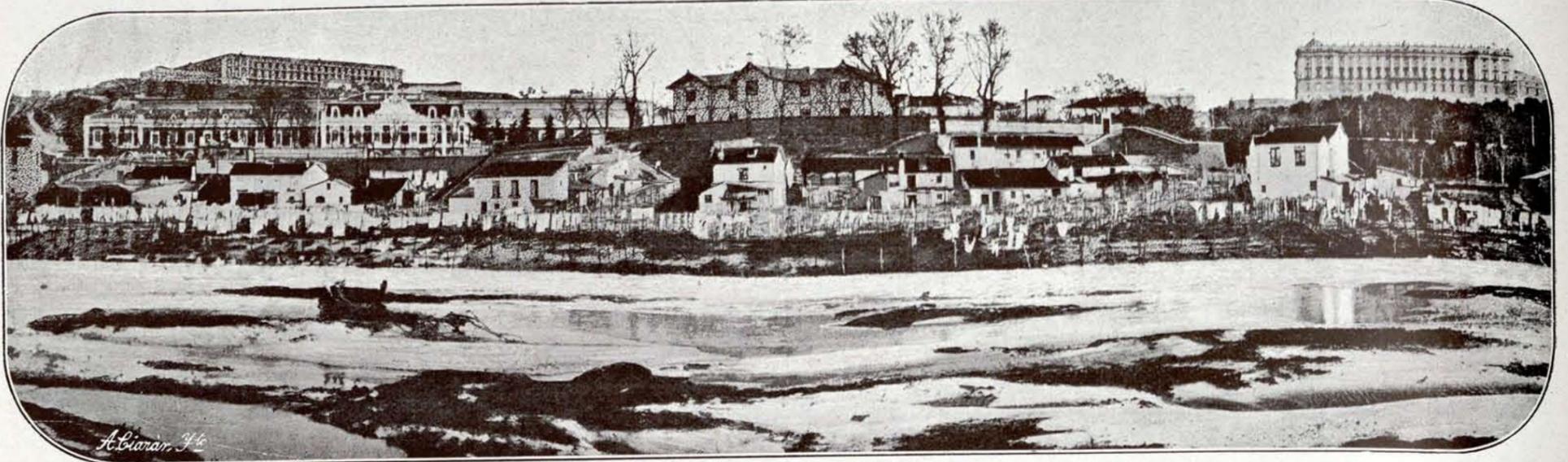
* * *

No dejéis á vuestros hijos con vuestros servidores. Tenedlos á vuestro lado. Miraros en ellos como en el espejo de vuestra vida. Un beso de una madre no se puede recompensar con nada. Ni aun con el beso del propio hijo.

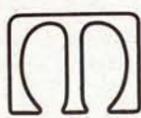


Damas y Caballeros que bailaron la pavana.

Una hora de viaje.- Consideraciones



Madrid visto desde el Manzanares.



Encontraba en un instante de meditación.

Aislado del mundo, embutido en un asiento de un vagón del tren que en aquel momento caminaba muy deprisa, hacía, sin embargo, mi espíritu un alto en el rodar de mi vida.

Se iba á celebrar en uno de sus pueblos comarcanos la boda de un buen amigo mío.

Libre mi pensamiento en aquel feliz instante podría decir, como cierto humorista demagogo, que era «libre pensador» porque... pensaba en nada.

De improviso, apareció por el pasillo del coche un conocido y se acercó á mí.

Se cruzó el habitual saludo y á la obligada pregunta:—¿Dónde se va?—me contestó, que también iba á la susodicha boda.

—¿Qué me cuenta usted de bueno ó de nuevo?—dijo mi labio, sin que yo se lo mandara.

—De nuevo, nada; de bueno, la boda que vamos á presenciar. ¡Parece mentira ver á Fulanito ya metido en esos trotes! ¡Yo que conocí á su padre...! ¡Me acuerdo...!

Y comenzó el hombre á buscar en su memoria los sucesos que constituían la razón de aquella antigua amistad.

Cuando se ha doblado la cuarta decena de años de vida y se halla el hombre (ó la mujer) subiendo el quinto trampolín, para dar «el salto del medio siglo», le sucede con la imaginación lo que con la vista, esto es, que ve mejor cuanto se encuentra á distancia que lo que está más cerca.

El niño y el adulto, que no conocieron otro ambiente que aquél en el que han nacido, no comprenden la comparación con el pasado y oyen el relato, tomándolo á broma. No consideran que reírse de la vejez es mofarse de su porvenir.

Pero cuando ya se empieza á sentir la necesidad de usar lentes de vista cansada, comienza á ser agradable oír hablar á los que por haber nacido en tiempo muy alejado del presente, no se avienen con la evolución que las costumbres van sufriendo.

Así pues, lejos de cortar la conversación iniciada

por aquel amable señor, procure engolfarle en sus memorias, que hilvanaba, como una obsesión, para comparar lo que él llamaba «modas del día», objeto de sus más acres censuras, con los hábitos de su tiempo, mercedores de su más ponderativo elogio.

—¿La boda es en la iglesia?

—Creo que sí—le contesté.

—Y después, habrá «cuchipanda»...

—Hombre, es natural.

—Pero no en casa de la novia. ¡Claro! Eso es ya una antigualla. Ahora hay que ir á comer fuera de casa, á un hotel, como si la familia de la novia no tuviera hogar.

—Es menos molesto.

—No es eso; es desprendimiento de lazos, de vínculos: es que los ilusorios afanes de progreso y de mejora, han cambiado radicalmente el modo de ser de nuestra sociedad.

—¿Qué más da que se coma en un sitio que en otro? La cuestión es comer, que es como la Humanidad celebra todas sus venturas.

—Pues no estoy conforme. Ciertamente, que todas las ocasiones de júbilo se aprovechan para llenar el estómago, pero precisamente el ambiente del lugar en que la comida se celebra es el perfume de poesía con que se puede revestir ese acto tan material.

Antes una hija de familia bien acomodada, salía de su casa con todos los honores y el último era el banquete nupcial, un entrañable agasajo á ella y á los íntimos. Era la despedida amorosa del hogar paterno. Ahora, la comilona, es fuera, haciendo un alarde de la frivolidad que nos consume y que obliga á ver impasiblemente desatarse los vínculos que ató la vida bajo un mismo techado.

—Me parece que exagera usted la nota.

—Mi afirmación es cierta. Todo lo familiar, lo casero, ha desaparecido. Y si no, fijese usted, aquellas tertulias íntimas, tan simpáticas, de los tiempos de los *rigodones*, *polkas* y *valeses*, en las que durante la cuaresma se jugaba á juegos inocentes (la lotería, la Aduana, etc.) ó se hacían charadas representadas...

—Hoy también se baila.

—¡Y cómo se baila! Y observe usted, la danza es

sólo donde no hay señoras de la casa á quienes guardar reverencia y respeto.

—Hoy poca gente «se queda en casa».

—Las casas linajudas debían dar el ejemplo, desenterrando los *bailes señores* para desterrar esas danzas que por muy extranjeras que sean...

Ya se acabaron las celebraciones de las fiestas señaladas de los días clásicos: la Nochebuena, «echar los años» el último día de Diciembre y «los estrechos» la víspera del día de los Reyes Magos..., la misma «fiesta de la torta».

—Hay cenas el último día del año.

—Créame usted, que tiene más importancia que la que usted le da.

—Insignificante parece una semilla y es el origen de un árbol corpulento. Las «modas modernas» que yo lamento, provienen de países donde no existe, ni quizás existió nunca, el sólido y fecundo arraigo del solar de la familia, porque ésta no es allí una institución santa, sino una fórmula de vivir convencional y útil, con la que se transige porque es insustituible como fundamento de la propia existencia humana. Todas esas «modas modernas» han logrado apoderarse insensiblemente del alma española que, por frivolidad y poco á poco, han hecho olvidar, y ya hasta aborrecer, aquella deliciosa sencillez, aquel calor amable, aquella intensa y fervorosa unión de la intimidad y sosiego de nuestro antiguo hogar, que al educar buenos hijos, incubaba padres excelentes y, en definitiva, formaba familias entrañables.

—Es que la vida hoy ha adquirido una intensidad que no permite al espíritu aquel plácido reposo...

—¿Y le parece á usted poca desgracia? El vértigo se ha apoderado del hombre y la diabólica industria ganosa de lucro hizo pacto con la Vanidad, disfrazando sus garras con el limpio y suave guante del *comfort*. La casa de la familia, el hogar, ve minados sus cimientos por las esplendideces y las sibaríticas comodidades que ofrecen el lujoso Casino ó el ameno y elegante hotel, con todas sus atracciones, que tiran del ser humano, para sacarle de su regimimiento. Esto es general, en todas las esferas



Vista panorámica de El Escorial.

sociales. El hombre de las clases media y humilde, vive en su casa con escasez, porque los medios de que dispone son pocos. ¿Quién, que sólo pueda tener en su casa un triste brasero, una mala silla y una miserable luz, no acude á cualquiera de esos suntuosos edificios modernos, donde disfruta de cómodos muebles, facilidades de todo género, para todo, espléndida iluminación...?

—Y conversación más entretenida que los llo- riquesos de los chicos que piden pan, ó las consideraciones de la mujer que no puede hacer mi- lagros.

—¿Y usted cree que el marido y padre remedia esas amarguras alejándose de su casa y de los suyos y olvidándose de sus deberes?

—Pero si quiera se distrae...

—Y la mujer se desespera y acaba por odiar y maldecir al que debía amar como á sí misma, y los chicos... Los chicos sólo desean soltar los andadores para largarse de aquel lugar, donde no hay otro lazo para el sujeto que los nudos del redil dentro del cual nacieron, y en el que nadie les enseñó á resig- narse, ni á saber lo que es amor divino ni humano.

—Pero hombre, el deseo de mejorar es perfecta- mente lógico y legítimo.

—Pero no á costa de la salud del alma y del cuerpo. Hace tiempo, *avant la guerre*, leí, no recuer- do en que libro ó revista, que las estadísticas fran- cesas demostraban el aumento de la locura, y que uno de sus principales factores era la fiebre de las ambiciones, el deseo de abrirse camino, la partici- pación en las agitaciones sociales, las impacien- cias de un ideal de justicia de imposible realización en la vida, la emulación exagerada que engendra en- vidias y odios, las pasiones violentas, todo lo cual ha hecho de la sociedad un torbellino, que excita y produce una actividad perjudicial para el ce- rebro.

—Realmente, la de hoy es la contraposición de lo que era la vida de nuestros abuelos, sedenta- ria, metódica, un poco ramplona, quizás algo egoísta... Tampoco era sana.

—Para el cuerpo, desde luego, no. ¡La prueba es que todos se han muerto! Yo también hago chistes modernos aunque soy antiguo. Pero hablando con el corazón en la mano y ahora que no nos oye nadie, ¿ha mejorado el hombre con esas, que usted llama

mejoras? ¿Vive mejor? ¿Se acabó el hambre? ¿Rea- liza su ideal? ¿Se agotó la fuente del deseo?

—Ni se agotará nunca. Créame usted, tampoco es verdad eso de que «cualquier tiempo pasado, fué mejor».

—¡Claro que no!
—Y en el actual hay cosas muy buenas. A mí, por ejemplo, me gustan más las mujeres de ahora que las del tiempo de usted.

—¡Caramba! Y á mí. ¡Mira que gracia!
—¿Ve usted como ya estamos conformes? ¡Hay cada pechuga y cada pantorrilla!...

—Las de las de mi tiempo no se como eran, por- que no las enseñaban.

—Peor para ustedes. ¿Y esto de ir, como vamos ahora, tan calentitos con esta calefacción, mientras ahí fuera está nevando copiosamente?

—No me hable usted de la calefacción. Esa es la culpable de todo.

—Pues es la manera de vivir abrigado en in- vierno.

—Pero ha roto el amor creado y fomentado al calor de la clásica camilla y de la señorial chi- menea.

—Eso es una ironía.

—No es ironía, es verdad. La camilla y la chime- nea eran las sucesoras del primitivo hogar donde, buscando el abrigo material del cuerpo, se fomenta- ba el calor de las almas. La calefacción de hoy, es *confort*, cierto, pero supone mayor gasto y separa- ción completa de los individuos que viven bajo un mismo techado, porque permite que cada uno esté en su habitación.

—Así no se pelean.

—Es peor. Antes, como ahora, regañaban marido y mujer, porque eso ha sucedido desde Adán y Eva, y sucederá hasta que suene la trompeta del Juicio final, pero el frío que había en la casa les hacía bus- car el calor de la chimenea ó de la camilla. Al estar reunidos, empezaban por mirarse y acababan ha- blando y reconciliándose en poco tiempo. Hoy la casa está á 20 ó 22 grados de temperatura, pero, convéncase usted, los corazones están á *cero grados*.

—Pues las jaulas son más bonitas.

—Eso sí. Yo tengo una casa que es una monada. Me cuesta un dineral, porque está toda pintadita de blanco, con cristalitos en las vidrieras, calefacción,

ascensor y cuarto de baño. Ahora, que dentro de un año, lo blanco estará negro, el ascensor funcionará alguna vez, porque se pasan la vida engrasándole ó componiéndole...

—¿Y el cuarto de baño? ¿No es nada?
—Como que sin ese cuarto yo no me hubiese ido á vivir á la casa.

—Eso de la limpieza...
—No, no es por eso, es que sin esa habitación no cabríamos, porque allí es donde metemos los baules, el cesto de la ropa sucia y los trastos viejos.

—Entonces, ¿no usan ustedes el baño?
—Si hombre, para poner las astillas.

—La verdad es que la vida es el eterno pro- blema.

—Y, sin embargo, nos lo dan resuelto antes de que queramos.

—Tiene usted razón. La vida es breve, que dijo Shakespeare.

—Que coincidió en ese pensamiento con el hono- rable boticario don Procopio, al dar las «buenas noches» al «señor don Simón». ¿No recuerda usted la zarzuelita en que este personaje dice cantando, «... la vida es fugaz...»?

—No es de mi tiempo, pero la conozco; y breve ó larga, créame usted, la vida siempre es, ha sido y será lo mismo: una quimera, un geroglífico que nun- ca lograremos perfeccionar, que por algo el mundo es mundo, y para compensarnos de sus maldades, nos promete la Fe otra mansión perfecta, donde el espíritu entra desnudo de carne, que es la que tiene la culpa de todo. Y, en tanto, vamos pasándolo tal cual por aquí; una parte de nuestra existencia, ha- ciendo mal; la mayor parte, no haciendo nada y casi toda practicando otra cosa de lo que debiéramos practicar.

En esto llegaba el tren á donde íbamos.

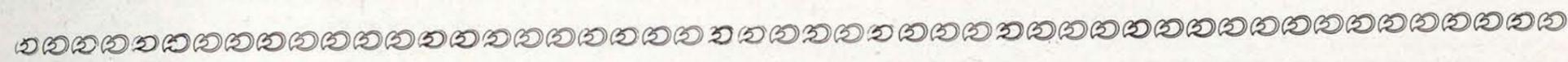
—Ya verá usted una boda de rumbo; «á la moder- na», como usted dice.

—La mía, aunque «en mi tiempo» también se ce- lebró «por todo lo alto».

—Si, ¿eh?

—... En un sotabanco. Y á pesar del tiempo trans- currido, no cambio mi felicidad por las fantasías ni las ambiciones de nadie.

XAVIER CABELLO LAPIEDRA



Las mujeres que trabajan

Homenaje á la Ciencia y á la Caridad

RECIENTEMENTE ha celebrado sus días una persona tan conocida y estimada en la sociedad madrileña como entre la gente humilde, la cual supo, por su inteligencia cultivada y su corazón bondadoso, conquistar la admiración de todos. He nombrado á doña Piedad Lozano.

Los que conocen á esta dama saben que es una de las mujeres más sabias de España. Muy joven, sintiendo una vocación irresistible para las ciencias, marchó al extranjero para estudiar mejor y siguió en célebres Universidades la carrera de Medicina.

Terminados sus estudios se dedi- có á la Química, y, más tarde, su es- piritu inquieto y muy femenino, la llevó al estudio de las plantas y las flores y de sus extractos; ciencia sujes- tiva y misteriosa, que tiene por fina- lidad el embellecimiento de la mujer y la conservación de su hermosura.

Sus notables trabajos fueron jus- tamente recompensados en las Exposi- ciones de Higiene de París, Londres y



Doña Piedad Lozano de Lowenstein.

Génova, en las que recibió señaladas recompensas.

Estas cualidades excepcionales en una señora, hicieron de aquélla la di- rectora técnica de una de las más im- portantes industrias del mundo, en la que su bondad inagotable se revela cada día en forma discreta y siempre delicada.

El personal á sus órdenes le da el nombre honroso de «Hermana de la caridad», porque sabe que su corazón indulgente vela siempre en su favor. Amante además del arte, cultiva con maestría la pintura y la fotografía.

No vayan á creer las lectoras que doña Piedad Lozano usa lentes y tie- ne el aspecto de una antipática docto- ra. Nada de eso. Es una mujer agra- dable y elegante. Ya lo veis en el re- trato que acompañamos á estas líneas. En sus ojos rie su viva inteligencia y en su sonrisa florece la bondad.

Por eso han sido numerosos los admiradores que han ido á rendirla el homenaje de su felicitación.

X DE X.

Un museo de bellezas andaluzas

SEVILLA, 28 de Febrero de 1920.

El gran Zuloaga, al visitar el palacio del Sr. Sánchezdalp, dijo que había sentido una de las impresiones más hermosas de su vida. En términos semejantes se expresaron otros ilustres artistas y aristócratas como el duque de Alba, Sorolla y Benlliure.

Yo, que soy un humilde amante del arte, sin ninguna autoridad para traducir mis impresiones, diré sencillamente: ¡Las colecciones de aquel prócer constituyen un museo inagotable de bellezas andaluzas!

Catorce años empleó el Sr. Sánchezdalp en reunir los elementos de sus colecciones y formar este inestimable museo.

El propósito del Sr. Sánchezdalp al emprender esta tarea gigantesca, no era solamente el de rodearse de obras maestras, poseer una morada digna de sus inclinaciones artísticas, sino más bien con un fin de enseñanza práctica y con la noble aspiración de hacer resurgir el estilo regional. ¡Decimos que la casa Sánchezdalp es una enseñanza! Este ilustre aristócrata ha querido demostrar, y lo ha logrado de modo admirable, que sólo con constancia y entendimiento se puede hacer resurgir un arte en decadencia, transformándolo á las modernas exigencias de higiene y de confort.

Para edificar su casa, el Sr. Sánchezdalp no empleó más que elementos puramente sevillanos, puesto que esta señorial mansión es como una sinfonía, como un himno á las bellezas del espíritu andaluz.

¡Catorce años empleó hasta lograr esta perfección! Adquirió varias casas en la comarca, adueñándose de los elementos antiguos que encerraban; los trajo sin miramiento de coste á la capital para formar su museo. Instaló talleres de carpintería, pintura, talla, azulejería, cristalería, etc., etc., que ejecutaron fieles reproducciones de las artes típicas del país. Salieron de esta escuela práctica artistas que hoy facilitan el renacimiento sevillano.

Así podemos ver, armonizándose con los soberbios artesanados del comedor y de los salones del más puro estilo de los siglos xv y xvi, que provienen de distintas casas de los *Guzmanes*, unas incomparables colecciones de azulejos de los siglos x al xvi, otros de la época de Jaime el Conquistador y, sucesivamente, seguimos sus transformaciones decorativas hasta nuestros días; terracotas, *vidriados* de Triana; dos medallones (trabajo también de Triana) del conde y de la condesa de Alba del siglo xv y antes de la elevación al ducado; obras de un mérito y de un valor incalculables, puesto que no existen en el mundo otros originales.

¡Qué diremos del patio Plateresco, digno de un alcázar regio, con su interesante fuente central que va desgranando en su murmullo continuo la historia de la dominación árabe!

Y como el Sr. Sánchezdalp es un enamorado del arte y un verdadero amante de su tierra—la tierra del cielo azul y del sol de oro—, ha reunido también en su espléndida galería una colección de interesan-

tísimos cuadros de diferentes escuelas, andaluces, que casi, casi podemos decir que le dan el carácter de una afortunada pinacoteca. Ahí, pues, admiramos una bella *Anunciación*, de Murillo; unas tablas, de J. Sánchez de Castro «el Sevillano»; una rica serie de primitivos—que nos hacen recordar la maravillosa de la duquesa de Parcent—, una *Ascensión*, de Julio Romano; unos lienzos, de Lucas y Carnicero, reproduciendo escenas campestres que traen á

los *Guzmanes* andaluces, *Fernández de Granados* y *Calonges*, establecidos en Andalucía desde el año 1200.

¡¡¡Esta ilustre familia ostenta en su escudo los tres reales lises de Francia!!!

Noble de estirpe y noble de sentimientos, el señor Sánchezdalp no podía menos que seguir la venerable tradición de la Sevilla antigua, de adaptar las artes nobles á la gloria de una época. Por eso es interesante ver reproducido en talla, en las puertas de su despacho, como en las del salón de entrada, la arrogante figura de nuestro Monarca y de nuestra bella Soberana, acompañados de inscripciones que immortalizan el reinado de nuestro Rey y que quedarán como documentos curiosísimos para las generaciones venideras.

D. Miguel no es solamente un mecenas, un fiel amante de su terruño y ferviente patriota; es, como toda inteligencia culta y buena, un trabajador infatigable.

Siendo amante de su tierra como lo es, dedica gran parte de su actividad en extensas posesiones agrícolas que posee en los alrededores de Sevilla, en donde, en alta escala, hace al cultivo de trigo, de olivas y naranjas, etc. Esta finca hermosa puede servir de escuela de agricultura; todo lo hizo por su propio esfuerzo y entusiasmo, á fuerza de trabajo, en veinte años; transformó tierras incultas en fértiles campos, cruzados hoy por carreteras y vías de comunicaciones.

Para los 1.800 obreros que tiene á su cargo, y que le veneran como á un patriarca, edificó escuelas prácticas de riego, capataces y operarios. Esta magnífica explotación se halla dividida en 16 *cuartones*, cada uno con su caserío, administración y almacenes, regidos por una central que visita diariamente el Sr. Sánchezdalp.

En su amplio despacho charlamos largo rato. Y en la intimidad de la conversación vino á nuestros labios el problema social.

¿No sería oportuno conocer, sobre asunto tan arduo y tan palpitante, la opinión de este hombre tan caballeroso y entendido?

¡Quién sabe si sobre ello charlamos largo rato! Pero á mí me parece recordar que sus palabras alentadoras y optimistas venían á decir:

—Yo deseo, como buen español, la constitución de una clase media potente para hacer despertar las riquezas dormidas de la alta sociedad; yo deseo un bello despertar de las clases altas del país, empujadas por el acicate de la aludida clase media, que no debe ser cabeza del proletario, sino ayuda y auxilio de los pudientes, para mejor realizar la obra de la reconstitución nacional.

¿Dijo esto mi simpático interlocutor? Yo no lo sé, ciertamente; yo, ciertamente, no lo sé; pero de lo que estoy seguro es de que el Sr. Sánchezdalp es un hombre digno de respetos y alabanzas, que no han de ser olvidados por este monarca español: S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

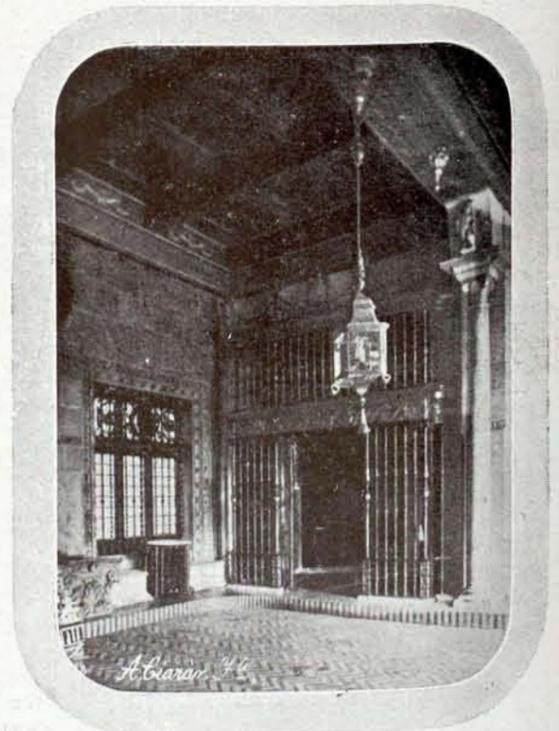
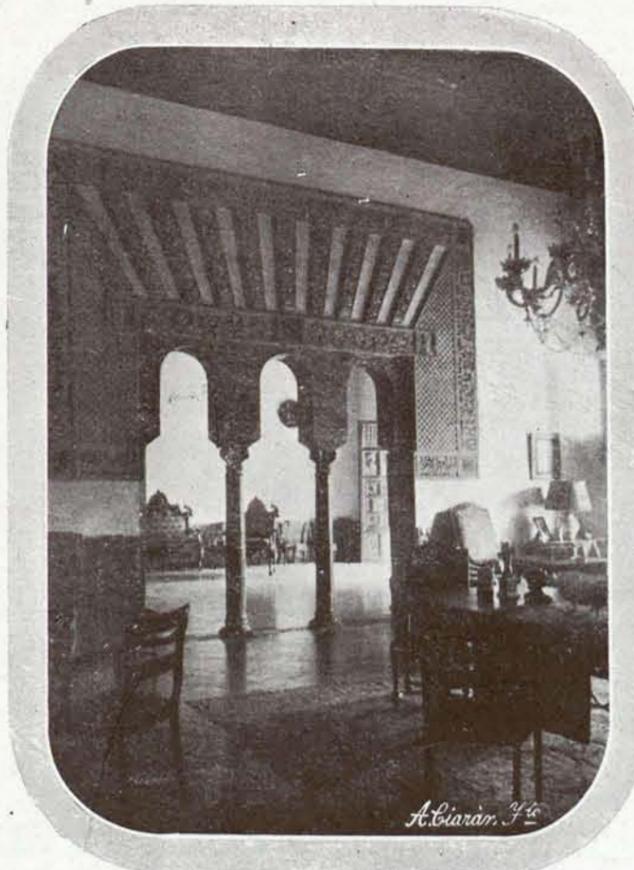
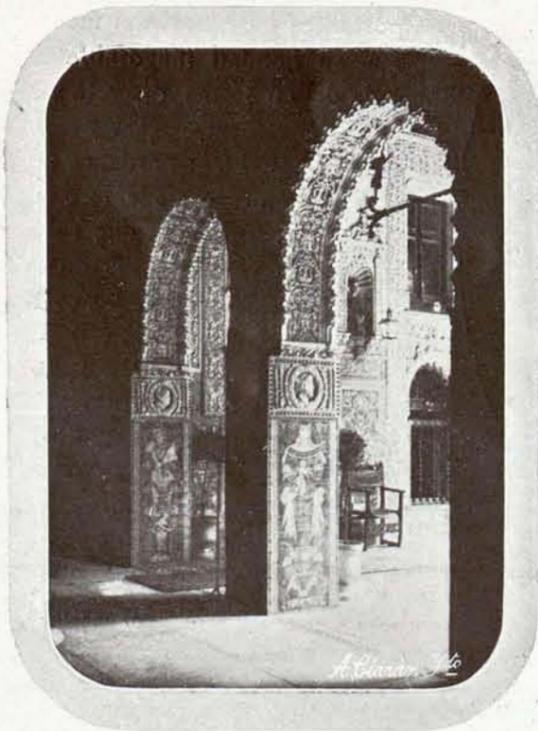
CONDE DE VIGNIER



nuestra memoria la época gloriosa de Goya, y, en fin, yo no sé cuántas obras de arte que nos hacen vivir otras épocas y otros tiempos...

¡Todo esto, sin olvidar el efecto de la blanca escalera Renacimiento, que es como una bella nota de alegría y de suavidad en el conjunto de severidad que domina en el ambiente, formado por el tono oscuro de las maderas del *hall*, y de cuya tonalidad alba destaca con el poderío de su arte una soberbia composición de Juan de Toledo!

D. Miguel Sánchezdalp es, como mis lectores lo saben, hermano del marqués de Aracena y marqués de Casa Dalp, de estirpe flamenca, descendientes de



Vistas parciales del palacio de Don Miguel Sánchezdalp, en Sevilla

En el palacio de los Condes de la Revilla

Qué palacio, lectores! Yo os afirmo que es un encanto, que en él revive la época de esplendor de la sociedad española, que en él se siente la majestad del adorno, que por algo, en fin, le llamaban desde la época de la reina Isabel «la antecámara de Palacio». Tapices, cuadros, porcelanas, abanicos, esmaltes, tablas de raro mérito halladas allí, donde nadie —sino el conde de la Revilla, gran aficionado á las antigüedades— pudiera pensar que existía un destello de arte...; todo se atesora en ese conjunto de salones que se alzan soberanos en el corazón de Madrid.

Pues en este palacio señorial y artístico, tantos años cerrado y ahora abierto, como la flor que renace al soplo divino del amor, se ha celebrado un gran banquete.

Se iluminaron los salones todos, destacaron de los muros las sederías rojas y verdes, amarillas y azules, y en el gran comedor alzabase, suntuosa y florileja, la gran mesa para treinta y dos comensales. Allí la rica cristalería de «Bacarrat», la vajilla de «Vieux Vienne», los centros magníficos de bronce y porcelanas, repletos de claveles rosas; las guirnaldas de rosas y alelías, que se extendían sobre el mantel... Allí el gusto y el arte y la elegancia, reunidos en consorcio admirable.

Y allí, en una de las presidencias, la rubia y bella condesa de la Revilla, envuelta entre las vaporosas y rosadas galas de su traje; y allí, en la otra presidencia, el conde de la Revilla, espíritu de gran señor; y allí, en los puestos restantes, el ilustre padre Calpena, magistral de la Real Capilla; y el ex ministro marqués de Pilares, almirante de nuestra Armada; y el ex embajador y comisario regio del teatro Real, duque de Tovar, y su hijo D. Ignacio de Figueroa y Bermejillo; y allí el director general de Seguridad y la señora de Torres Almunia y su encantadora hija Rosario.

El director del Monte de Piedad y la condesa de Sepúlveda y su sobrina Josefina L. Barrutia, una linda mujercita á la que los condes quieren como hija; y el ex gobernador de Barcelona Sr. Manzano y su señora y su hijo D. Luis Felipe con su bellísima esposa, María Paz García de la Lama, prima hermana del conde de la Revilla; y el ex gobernador general de Filipinas Sr. Sierra Valenzuela y su señora; y la señora viuda de Vizcarrondo y el señor y la señora de Rodríguez de Bledusa; y el marqués y la marquesa de Casa Real; y D. Salvador y D. Adelfardo García de la Lama; y los marqueses de San Vicente y de la Hermida; y el ex gobernador de Valencia D. Leopoldo Cortinas y los señores Sevillano (D. Felipe) y Martín Peña (D. Manuel)...

Pero hubo algo más, hubo algo más que no queremos dejar de decir; hubo, que después de la comida, después de saborear el café, después de encender unos cigarros..., alguien comenzó á hablar de literatura, de poesía... y recordó unos versos en los que se coloca muy en alto el nombre de España y el corazón de la madre española. Alguien hasta se llegó á conmovier.

Después, otro de los reunidos—¿no fué el marqués de la Hermida, que lucía sobre el pecho el peto blanco con la roja cruz de Calatrava?—, recordó otros versos suyos y unas poesías de Eguilaz y Zorrilla.

Luego, el Sr. Sierra Valenzuela recitó otros sonetos, y acaso alguien más puso en sus labios unos versos que un día fueron escritos pensando en la Cruz Roja y en la Reina...

Ya veis cómo tuvieron que volar las horas. Porque, además, el conde y la condesa de la Revilla —que no dejaron de ofrecer á sus amigos un poquito de música—hicieron los honores...

Vosotros, lectores, pondréis la frase consiguiente: Con «amabilidad exquisita».

MIRAMAR

JOSÉ GONZÁLEZ

SUCESOR DE

GONZÁLEZ HERMANOS

FÁBRICAS DE MOSAICOS
Y ALMACÉN DE MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

SEVILLA: CÓRDOBA:
Cánovas del Castillo, 16 Gran Capitán, núm. 19

La Religión y el Arte

IDA GOBBATO. Decir Ida Gobbato es decir tanto como belleza y distinción; es decir bonita voz, y es decir saber cantar bien, con inmejorable escuela y con insuperable gusto.

Nosotros recordamos con emoción, al hablar de la que es hoy distinguida señora de Crespo—ya, por tanto, compatriota nuestra—, á aquella gran cantante que fué tan aplaudida hace algunos años en el teatro Real. Y la recordamos con emoción, porque ella, además de otros aciertos, dió vida, con el supremo aliento de su alma de artista, á la protagonista de una ópera española, que fué glorificación de un hombre excepcional. Aquella dulce Margarita, tornera en un convento de Palencia, enamorada y engañada después, arrepentida y perdonada más tarde, tuvo en Ida Gobbato espiritual intérprete y conmovió las fibras del sentimiento de quienes, por suerte, nos creemos amantes de lo bello y amantes de la patria.

Ahora, la señora de Crespo ha conmovido también con su voz dulcísima á unos cuantos corazones. Fué en la iglesia de San Manuel y San Benito—mármoles y bronce—, en la función con que terminó el Septenario en honor de la Santa Virgen del Camino, dispuesto por la Hermandad de Oración y Honor de Nuestra Señora del Camino de León, que preside la señora de Dato.

Ida Gobbato, con la cooperación de distinguidas señoras y señoritas, discípulas suyas en su mayoría, tuvo á su cargo la parte musical de la función. Después de rezado el Santo Rosario, cantó con delicadeza exquisita el *Parex Domine*, de Gounod; después, el nutrido y afinado coro—que pudiéramos calificar de ángeles—, entonó el *Tantum Ergo*, de Haynd, y el *Stabat mater*, de Bordese.

Las afortunadas colaboradoras de la señora de Crespo fueron la marquesa de Amboage, las señoras de Coghén, González Alvarez, Serrano, Valde-rama y Crespo, y las señoritas de Igual, Arzadun, Laiseca, Lamarca, Gobbato, Suárez Inclán, Dato, Ochando, Noriega, Latorre, Costí, Antón y Díaz Gómez.

La unción que el coro supo dar á las admirables páginas musicales fué extraordinaria.

Y la función religiosa, que fué completa, tuvo por complemento una plática, como suya muy notable, de don Luis Calpena.

Si nos gustan los jardines es porque tienen flores.
Las flores de la vida son las mujeres.
Las flores de las mujeres son los niños.
Nada más bello que una madre.
Nada más encantador que los hijos.

Poetas aristocráticos.—¿Por qué era rubia?

En lo alto de una cumbre dorada por los reflejos
De los rayos más divinos que lanzó jamás el sol,
Un romántico castillo habitaba en otros tiempos
Con sus damas y sus pajes la princesa del amor.

Era bella la princesa como son los resplandores
Del lucero de la noche cuando brilla en cielo azul;
Eran rubios sus cabellos como rubias son las flores
Cuando el sol que las alumbra las consuela con su luz.

Los más nobles caballeros porfiaban por quererla
Y ofrecerla enamorados su juventud y su amor.
La princesa que escuchaba sus llantos y sus querellas
Dulcemente preguntaba: ¿Por qué me hizo rubia Dios?

Ante la extraña pregunta de aquella beldad altiva
Con que respondía siempre a las palabras de amor,
Caballeros y juglares la razón no comprendían,
Repetiendo entristecidos: ¿Por qué te hizo rubia Dios?

Y la princesa callaba, mas decía aquel silencio
Que era condición precisa para dar su corazón
Que supiera alguien decirla y que aceriara el secreto
De la pregunta encantada: ¿Por qué me hizo rubia Dios?

Una tarde que, sentada la princesa, tristemente
Contempla el firmamento desde gótico balcón
Vió una sombra que surgía de las brumas del Oriente
Y que de ella descendía un gallardo trovador;

Apenas llegó a su lado se arrodilló con ternura
Y mirándola a los ojos entonó bella canción
Que trovando a la princesa sus encantos y hermosura
Consiguio se estremeciera de placer su corazón.

Así decía el trovador divino
Cantando a la princesa su destino:

Desde tierras de Oriente
Rimando dulcemente
Tu belleza y tu amor
Vine por conocerte
Y poder ofrecerte
Mi amante corazón.

Eres bella, pues las flores de tus jardines divinos
Te ofrecieron sus colores para darte juventud,
Y las aguas melodiosas de arroyuelos cristalinos
Su pureza te prestaron porque fueras pura tú.

Y eres rubia, pues los rayos con que deslumbraba el sol
En un momento sublime en que adoró tu hermosura,
Al contemplar extasiado que eras tan bella y tan pura
Como recuerdo adorado por cabellos te dejó.

La princesa que escuchaba con amorosa emoción,
Al oír que respondía a la pregunta encantada
Quiso darle como premio su adorado corazón
Y se lo envió escondido en una dulce mirada.

Y aseguran las historias que de este caso trataron
Que el juglar y la princesa vivían locos de amor
Y que en momentos sublimes de sus labios escucharon
Dulcemente la pregunta: ¿Por qué me hizo rubia Dios?

JUAN ANTONIO ANSALDO Y DE VEJARANO.

Febrero, 1920.

Mundo Mundillo

Erudita y amena, interesante é ingeniosa, oportuna siempre, fué la conferencia que el otro día dió en la Academia de Jurisprudencia D. Félix de Llanos y Torriglia.

Como político, el Sr. Llanos ha alcanzado ya envidiables puestos, en los que ha demostrado su gran talento y su honorabilidad. Subsecretario de la Presidencia con D. Antonio Maura, supo probar su competencia y capacidad para los más altos cargos de la política.

Pero el Sr. Llanos y Torriglia es ante todo un literato; un admirable literato á quien su afición por los estudios históricos ha llevado á ser hoy uno de los escritores españoles que mejor conocen los comienzos de nuestra edad moderna. Especializado también en cuestiones tan interesantes como el problema de la mendicidad y nuestras relaciones con la nación portuguesa, adviértese en él, sin embargo, el singular cariño con que trata los temas históricos, relacionándolos muchas veces con asuntos de actualidad.

Así, por ejemplo, en su última conferencia trazó la semblanza de D.^a Beatriz Galindo «La Latina», y, al enumerar las virtudes y méritos de la admirable consejera de la Reina D.^a Isabel la Católica, supo destacar, ante el encanto del culto auditorio—en el que figuraban muchas aristocráticas familias—, cómo hoy la mujer española, que por virtud de los adelantos de la moderna industria no tiene que efectuar por sí muchos nobles menesteres á que las damas de antaño atendían, puede hoy dedicarse, sin desatender los deberes de su hogar, á ser una eficaz colaboradora del hombre en muchas apropiadas empresas.

¡Qué atrayente fué todo el relato de la vida de doña Beatriz y de las proezas de su marido, el artillero Ramírez! ¡Qué curioso el cuadro que pintó del Madrid de aquella época! Y las obras piadosas de La Latina, y sus consejos, y su muerte, ¡cómo interesaron á la concurrencia que no perdió palabra del conferenciante! Y como el Sr. Llanos y Torriglia posee además un donaire especial, siempre entonado, consiguió hacer un trabajo de erudición entretenidísimo.

Durante la conferencia y al final de ella, el público aplaudió calurosamente, muy satisfecho. Había pasado un magnífico rato. Es de esperar que el señor Llanos y Torriglia, que es hombre bueno, no tardará en dar otro motivo de satisfacción á sus muchos admiradores, que son más cada día.

* * *

Si nos preguntaran que cuál es el mejor obsequio á una dama, les diríamos que una joya.

Si nos preguntaran que quién las tiene más bonitas, les diríamos que Sanz (hijo), Peligros, 14.

* * *

El polo y el golf. El golf y el polo. ¿Quién vence á quién? Ninguno. Ambos deportes aristocráticos han adquirido en nuestro país carta de naturaleza; y ambos cuentan cada vez con más partidarios, sin que se perjudiquen el uno al otro en nada.

El chalet del golf, en el Real Club de la Puerta de Hierro, está cada vez más animado. Con frecuencia acuden á él muchas distinguidas damas que toman el te y presencian los partidos.

La Reina Doña Victoria va también muy á menudo.

Ultimamente han ido con ella sus hermanos los marqueses de Carisbrooke.

De polo, ya han comenzado los partidos de primavera en la Real Casa de Campo. Se juegan *matches* todos los miércoles y sábados. El día 3 se jugó el partido *ladies nomination*. El 17 se efectuará el *handicap tournament*; el 28 y el 1.º de Mayo, la copa de lord Wimborne.

En este mismo mes se disputarán la copa Villavieja (*challenge*) el día 26; el 9 de Junio, la copa Arión (*challenge*), y el 23 y 26, la *Open Cup*, de la Real Casa de Campo.

Una distinción, un ascenso, dos bodas cercanas y una madre feliz. ¿Queréis mejor ramillete de noticias?

La distinción, muy merecida, fué la que S. M. el Rey otorgó á D. Hilario Crespo, afortunado iniciador de la fiesta de la Raza, que tanto sirve anualmente para estrechar más y más las buenas relaciones que dichosamente existen entre España y las Repúblicas de América que hablan el idioma de España.

Siendo el Sr. Crespo concejal, ¿qué mejor lugar para imponerle las insignias de la Gran Cruz de Isabel la Católica que el propio Ayuntamiento de Madrid? Así aconteció, y entre el entonces alcalde señor Garrido Juaristi, que impuso la cruz, y el homenajado, cruzáronse emocionadas frases en las que latieron hondos sentimientos patrióticos.

El ascenso ha sido el del agregado militar á la Embajada de la Argentina en Madrid.

Don Enrique Gómez—tan culto, tan inteligente, tan simpático—ya es teniente coronel de Estado Mayor. Y á esta satisfacción han unido sus amigos la de saber que, no obstante el ascenso, el distinguido militar continuará entre nosotros, desempeñando el cargo de comisión.

Las bodas que se acercan son á cuál más atractivas. Para el día del Sagrado Corazón de Jesús se ha fijado el enlace de la encantadora hija menor de la condesa viuda de Adanero, con el marqués de Cambil, hijo de los condes de Villamarciel, y para Mayo se anuncia el matrimonio de la señorita Caridad Gabaldá—con decir Gabaldá no hay que decir si es guapúa—, con D. Juan Antonio Landaluce. Y nos han asegurado que no hay en Madrid tiendas bastantes para proveer de regalos á los amigos de las novias felices y los novios dichosos.

Y, por último, la madre que en estos momentos no se cambia por la más venturosa, es la marquesa de Villa Antonia. Tuvo hace unos días un niño; un niño muy hermoso que fué apadrinado en el bautizo por la Reina D.^a María Cristina, madrina de boda de la rubia marquesita. ¡Cuántas y que agradables enhorabuenas está recibiendo la madre venturosa!

* * *

De una novia á su novio:

—Mira, cuando nos casemos, yo quiero que los dulces de la boda sean de *La Duquesita* (Fernando VI, 2) y vayan en esos sortijeros de alabastro que *La Duquesita* ha puesto de moda.

* * *

Los dos Conciertos Sacros celebrados en el teatro Real han sido otros tantos éxitos para el maestro Pérez Casas, el Padre Iruarrizaga y los artistas bajo su dirección. Patrocinadas estas fiestas de arte por el obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Melo, tuvieron toda la brillantez é importancia que merecían. En ambas, los Reyes, con los marqueses de Carisbrooke, sumaron sus fervientes aplausos á los de la distinguida concurrencia.

¿Quiénes figuraban en esta? Nosotros recordamos al Nuncio de Su Santidad, al obispo de Madrid, la condesa de Pardo Bazán y su hija Carmen, la marquesa de Belmonte, la señora de Dargie, una norteamericana que adora á España; la baronesa de Benidoleig y su hija María, la duquesa de Vistahermosa y sus hijas, la señora de Torres Almunia, esposa del director general de Seguridad; la duquesa de Tovar y la de Canalejas. Y había también otras muchas distinguidas damas cuyos nombres escapan—¡bien que lo lamentamos!—á nuestra memoria.

* * *

No olviden ustedes que estamos en Primavera, que es la época de las flores y que las más bonitas son las que vende José Abajo, Montera, 40.



Hay nuevos títulos del Reino y hay solicitudes para la rehabilitación de otros títulos.

Marquesa de Laua es desde ahora la muy bella y muy culta señorita María de Belén de Arteaga y Falguera, hija mayor de los duques del Infantado, marqueses de Santillana.

Conde de Torrijos es D. Fernando Alcalá Galiano y Smith, secretario de primera clase, encargado de negocios en El Salvador.

Marqués de Revilla de la Cañada es el otorgado á D. Enrique Ziburu y del Collado. Y condesa de Munter, D.^a Mercedes de Sentmenat y Sarriera.

Y ha sido solicitada la rehabilitación de los siguientes títulos:

Duque de Santa Cristina á favor de D.^a María Alvarez de Toledo y Caro; marqués de los Castillejos, por D. Fernando de la Cuadra Salcedo; marqués de Ciadoncha, por D. José de Rujula; marqués de Larrain, por D. Víctor González de Andía; marqués de la Olmeda y marqués de Olmeda, por D. Luis Ruiz de la Prada Martínez y por D.^a Sabina Andreu González; marqués de la Paranza, por D. Marcelino Suárez y González; marqués de Sales, por D.^a María Flora de Chaves y Lemery; marqués de San Clemente, por D.^a Sofía Ramírez y Marín del Valle.

Marqués de Santa Ana y Santa María, por doña María Adam de Arrostegui; marqués de Santa Rosa, por D. Manuel López; marqués de Tremolar, por don Cristóbal de la Quintana y González; marqués del Valle de Santiago, por D. Félix de Churrua y Dotres; marqués de Villa Alegre, por D. Alfonso Pardo Manuel de Villena; conde de Colomera, por doña Cecilia de Burgos y Alvarez de Sotomayor; conde de Jimera de Libar, por D. Manuel Gil de Bardají; conde de Loja, por D. Alfonso Ramírez de Arellano; conde del Mérito, por D. Pascual Jarava y Ballesteros; conde de San Miguel de Castellar, por don Joaquín de Villalonga y Cárcer; conde de Villanueva de las Achas y vizconde de Meira, por doña María de los Dolores de Donesteve y Pérez de Castro; vizconde de Pegullal, por D. Angel de Donesteve y Pérez de Castro; vizconde de Peñaparda, por don Alfonso Pardo Manuel de Villena, y vizconde de Villarrubio, por D.^a María de las Mercedes de Jáuregui.

También han solicitado:

Doña Mercedes de la Plaza y Zumelzu, la rehabilitación del título de marqués de Barrio Lucio.

Don Luis de Valdés Verreterra y Valdés, la del de marqués del Real Transporte.

Don Miguel Pardo y López, la de los títulos de marqués de Soto Hermoso y conde de Torre Antigua de Orné.

Y D. José María de Arrózpide, duque de Castro Enríquez, la del de marqués de la villa de Orellana.

* * *

Dos niñas han llegado al mundo. Y el mundo las ha acogido con júbilo: con el júbilo que ha reinado en sus hogares, donde eran tan esperados estos envíos del mismo cielo.

Es una de ellas hija de la bella marquesa de Campo Fértil, hija á su vez de la duquesa viuda de Sotomayor. En la pila bautismal ha recibido los nombres de Josefa Gabriela, siendo apadrinada por sus tíos los duques de Granada de Ega, Villahermosa y Luna.

Es la otra hija de la señora de Arroyo (D. Enrique). Para los padres, felices, y para los abuelos, dichosos, sea nuestra enhorabuena.

* * *

¿Sabéis quién es el nuevo caballero del Santo Sepulcro, cuyo cruzamiento hizo vestir de gala el otro día al hermoso templo de San Francisco el Grande? Don José Rodríguez de Bustamante, de muy distinguida familia, á quien apadrinó el capellán del Capítulo, teniente limosnero de Su Majestad, D. Mariano de Perales y Peñasco.

De caballeros informantes actuaron el marqués de Olivart y D. José de Rejos y Perrián, y de testigos, el marqués de Canillejas, D. Federico de Obanos, vicealmirante de la Armada, y D. José de Azuela, caballero de Montesa.

Calzaron las espuelas al nuevo caballero el padrino y el marqués de Ugena, entregándole la espada D. Manuel Fernández de Alcalde, primer maestro de Ceremonias del Capítulo.

La parte musical estuvo bajo la dirección del maestro Busca de Sagastizábal.

Y las felicitaciones que el nuevo caballero recibió fueron muchas y tan sinceras como la nuestra en este momento.

EL SALÓN

II

Cuando arreglamos nuestra casa y en particular el salón, la inspiración que nos guía será ante todo la de despertar en nuestros visitantes una impresión de confort sencillo y de buen gusto. Los muebles y los objetos que elijamos deberán ser lujosos, pero los presentaremos de manera discreta, de suerte que no aparecerán un derroche de riqueza y de lujo.

Es conveniente prescindir de las influencias ajenas, de la moda pasajera, pues sólo para nosotros amueblamos la casa, para

sona escasamente dotada por la Naturaleza en cuanto a la estética, seguida por un perro tan feo como ella, pareciéndose los dos —como hermanos mellizos— en que la fealdad del uno se contagia a la otra, a fuerza del trato continuo.

Estudiemos en conjunto el salón para que la dama resulte bella, agradable, seductora en tal ambiente.

Al amueblar nuestro hogar no nos limitaremos a un estilo, a una época, y si hallamos, por casualidad, una mesa, una vitrina, etc. que nos guste, no por ello dejaremos de comprarla porque no sea del estilo del salón.

Todos se armonizan con tal que sepamos

azul muy pálido—, al respaldo un dosel en forma de sombrilla pequeña. Esta butaca es como el trono de la dueña de la casa, sólo ella tiene el privilegio de sentarse allí: recibiendo el homenaje respetuoso de cuantos la visiten. A sus pies una magnífica pisa de oso blanco parece proteger la dama contra las críticas... es la fuerza domada rindiendo tributo a la gracia femenina.

Si poseemos una valiosa colección de objetos de arte, aconsejaré no exponerlos en aparatosas vitrinas. Únicamente algunas piezas dejaremos a la vista; las demás se ocultarán en armarios practicados en la pared, protegidos por artísticas puertas de cristal biselado.



vivirla deliciosamente durante muchos años y no solamente en los días de recepción.

La adornamos para nosotros: en ella se desliza nuestra existencia... cada mueble, cada objeto tiene su significado y guarda en su inmovilidad el recuerdo de un acontecimiento, una fecha del pasado.

Los elegimos a nuestro capricho, no por su valor intrínseco, sino porque nos agradan, pues sabemos que van a convivir largos años con nosotros y que su fisonomía tiene que producir en nuestro espíritu una sensación agradable.

Recuerdo de una dama, amiga mía, que gozó de una justificada fama de belleza, y lo era aún; tenía a su servicio particular una servidumbre de agradable aspecto, y como sus amigos la felicitasen por tal elección, contestaba con ironía—ya tenía la venerable señora sus setenta años—:

—«¡Quiero que todos los que conviven conmigo tengan buena presencia, así su reflejo me impide ponerme fea y vieja!»

Tenía razón; cuántas veces me ha sorprendido, al cruzar una calle, ver una per-

graduar su colocación. Basta combinar un detalle evocador para que esté a tono con el conjunto.

Además, el salón podemos dividirlo en varios saloncillos de diferentes estilos, en donde nuestros convidados buscan sus confidencias bajo la cordial vigilancia mundana de quien nos recibe.

Ahí, dos «Bergères» auténticos, cuentan la historia dorada, patinada por los años, como lo es la madera de su esqueleto... la mesa «lisense» que sostiene la pantalla de tul y de seda de una lámpara frágil... al otro lado el reinado de la melodía: el piano, en el que vibra aún una sinfonía lejana...

Cerca de la chimenea de mármol blanco con ligeras aplicaciones de bronce cincelado sirviendo de pedestal a un busto de mujer en alabastro, que ocupa el centro, y a cada lado unos candelabros de plata maciza y dos «fetiches» de porcelana de la China.

Próximo a la chimenea, pues, una butaca—la imagino de fina madera tallada en oro viejo, revestida de un trocado de seda

Esta disposición discreta y original la hemos contemplado en el saloncillo de María Antonieta, en el Petit Trianon de Versailles. Así, los objetos quedan al abrigo del polvo... y de la malicia de las personas poco entendidas en la materia y siempre dispuestas a una crítica fácil y banal.

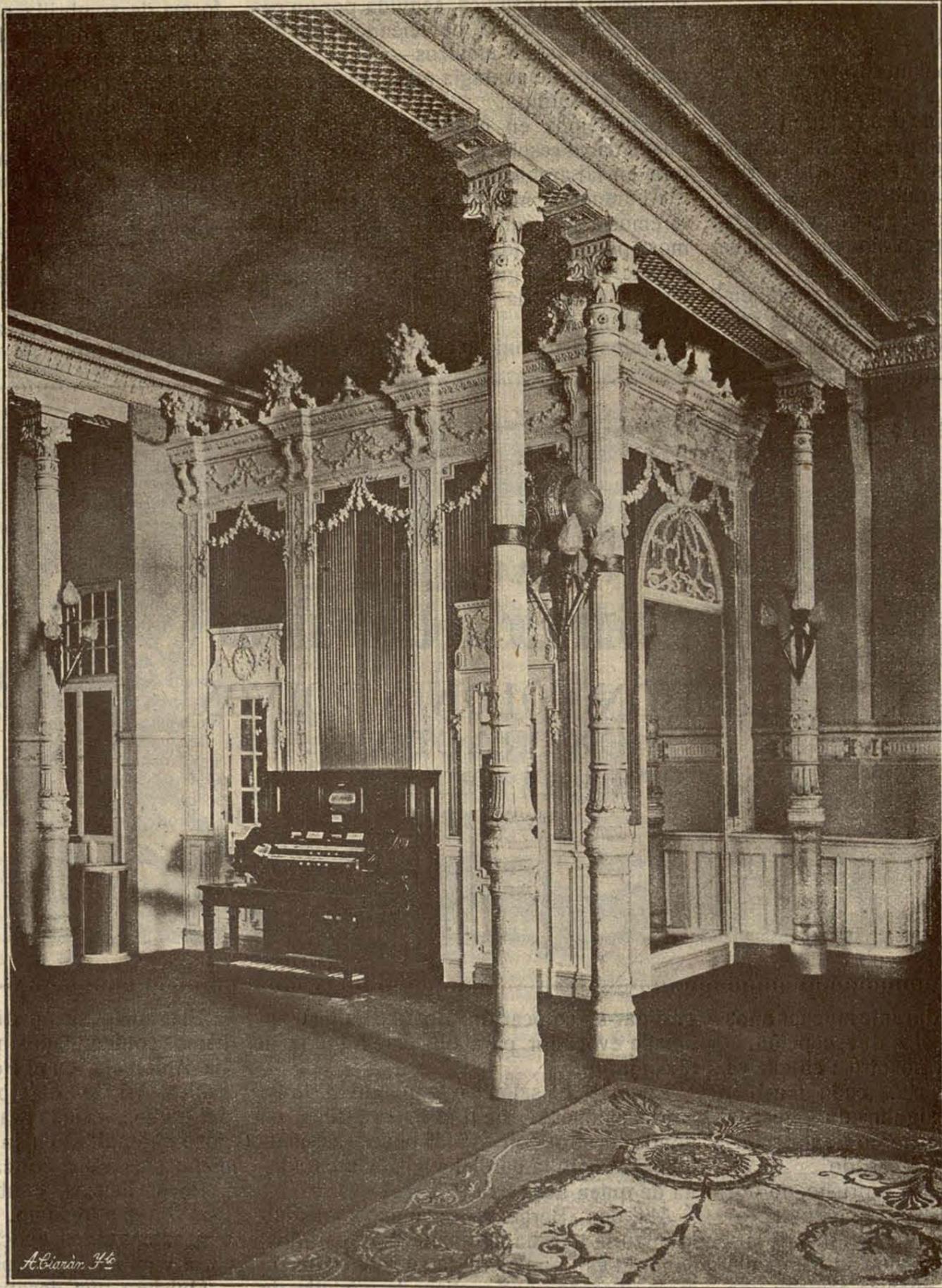
Pocos lienzos, también, en las paredes. Dos o tres a lo sumo. ¡¡Retratos de nuestros antepasados, evocando una época gloriosa y un linaje de nobleza!!

Quisiera que desaparezca la costumbre de presentar en los salones fotografías de cuantos amigos ilustres poseemos. Es un alarde de vanidad que debemos reservar a nuestra intimidad. Tienen su colocación adecuada en las habitaciones particulares como lo son el boudoir o el dormitorio.

En resumen, el salón es la estancia más lujosa, más respetada de nuestro hogar, pero siendo más rico, no debe aparentarlo; para que nuestros amigos, que por desgracia no posean tantas riquezas, no le encuentren deslumbrados por nuestro boato.

CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS
MARIA RIVERO, 11



Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

PIANO MANUALO BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY Y ELLINGTON

MUY IMPORTANTE

¿Nos permiten ustedes—buenos amigos—que insistamos en nuestro ruego?

Pues vamos a ver si son ustedes complacientes y dan orden de abonar nuestros recibos—harto modestos—a la primera presentación de ellos.

¡Cuánto se lo agradeceremos! Y cuánto se lo agradecerán los cobradores.

Cualquier deficiencia que noten ustedes en el reparto de VIDA ARISTOCRÁTICA agradeceremos mucho que se nos comuniquen. No tenemos sino una obsesión: la de que todo salga bien. De modo que ya lo saben: una deficiencia que noten, pues un golpecito de teléfono y... a subsanarla.

Vida Aristocrática

Revista del Hogar

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTES • MODAS
Se publica los días 10, 20 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.
Número suelto: Dos pesetas.

PARA LA PUBLICIDAD PIDANSE TARIFAS
Madrid, Goya, 3, Teléfono S. 583

Esta Revista se halla de venta

en las librerías de Fernando Fe y San Martín (Puerta del Sol), en la de Ruiz Hermanos (Plaza del Príncipe Alfonso), en la de Pueyo (Arenal, 6), en la de Beltrán (Calle del Príncipe) y en los principales quioscos. Se admiten suscripciones en las mencionadas librerías y en el establecimiento "New England" (Carrera de San Jerónimo, número 29).

A los señores fotógrafos de profesión y a los aficionados que envíen a la Redacción de VIDA ARISTOCRÁTICA fotografías sobre algún asunto de interés o de palpitante actualidad se les abonará CINCO PESETAS por cada prueba que publiquemos.

CASA JIMENEZ Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS Y MANTILLAS ESPAÑOLAS

Siempre novedades.

CASA HIDALGO
CONFITERIA ARISTOCRÁTICA

MADRID

BARQUILLO, 9 - TELEFONO No. 16-60



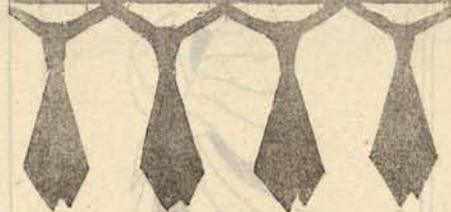
Reconocida por el público de buen gusto como la mejor en cajas para regalar los dulces de Bodas, Bautizos y Cruzamientos, así como por sus riquísimos bombones y exquisitos marrons glacés

SIEMPRE TIENE PRECIOSOS OBJETOS PARA REGALOS



New England

MADRID



LOS LUNES DEL RITZ

La comida de anoche en el Hotel Ritz estuvo tan animada como la de los anteriores lunes de moda, concurriendo muchas aristocráticas personas y distinguidos extranjeros.

Los marqueses de Carisbrocke, hermanos de la Reina D.^a Victoria, que deseaban asistir a una de estas comidas, honraron la de anoche, sentándose a la mesa de los duques de la Victoria. Los demás comensales eran la duquesa y el duque de Plasencia, condesa y conde de Heredia Spínola y su hija Angustias, marquesa y marqueses de Arriluce de Ibarra y de Mohernando, condesa del Puerto, duques de Tarancón y su hija la condesa del Recuerdo, Mrs. Crayton Glyn, duque del Arco, marqueses de Amposta, Pons y Molina, condes de Elda y de la Maza y D. Narciso Pérez de Guzmán.

Con la condesa de Hornachuelos y sus hijos comieron el ex presidente del Consejo Sr. Dato, su esposa y sus hijas, y la condesa y conde del Rincón. Con la distinguida dama americana señora de Peralta, los marqueses de Tenorio, marqueses de Belmonte, ministro de Holanda D. Enrique Casal y otros. Con los señores de Areces, la señorita Cristina de Borbón, D. Luis Sartorius y el Sr. Bruguera.

También asistieron el ministro de Rumania, Sr. Cretziano; el encargado de Negocios de Bélgica y la baronesa de Woelmont y su hermana; cónsul de los Estados Unidos y Mrs. Palmer, duques de la Unión de Cuba, Mr. y Mrs. Hamilton, Mr. y Mrs. Edwards, condes de Buena Esperanza y su hija; duques de Dúrcal, princesa de Galiteine, ministro de Chile y señora de Fernández Blanco; ministros de Grecia y Polonia, barones de Gunsburg, lord y lady Coutary, el señor Ortega Morejón y otros más.

De hombres políticos estaban el presidente del Congreso, Sr. Sánchez Guerra, con su familia; el ministro de Instrucción, Sr. Rivas; los ex ministros Sres. Duque de Almodóvar del Valle, Alba, Roig y Bergadá y Alvarado, el Conde de Albis y otros.

A la comida siguió animadísimo baile, que amenizó la orquesta de los Boldi con su notable repertorio.

TIRO DE PICHÓN

Continúan muy animadas las tiradas de pichón de Valencia. La copa de la Diputación provincial fué ganada por el Sr. Reyes.

—En Jerez de la Frontera han comenzado las tiradas, tomando parte numerosos deportistas.

La copa del Rey fué ganada por D. Lorenzo Ivison, y la de la Infanta D.^a Isabel, por D. Baltasar Hidalgo.

—También se celebran en Murcia las interesantes tiradas de primavera.

El gran premio fué ganada por el Sr. Sánchez, de Caravaca, partiendo el importe de la poule, 7.000 pesetas, con los Sres. Cierva y Pascual de Riquelme; el campeonato, por D. Ramón Martínez, partiendo el importe del premio con los señores Martínez, Pérez Gómez y Arnaldo, y la copa del Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, por D. José Viudes.

Portugal y el Hispanismo

por el Conde de Santibáñez del Río
Prólogo del Conde de Romanones

DOS PESETAS

::: De venta en la librería de Fe :::
Puerta del Sol, núm. 15. - Madrid

Muebles de lujo. Muebles de estilo
Muebles para despachos y oficinas
Antigüedades. Linoleum

Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34

Madrid



Guardamuebles

Muebles de ocasión. Entrada libre



LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. *o o*

Carlos Gonzalez y hermano
casas en Madrid (Gran Vía 14)
Sevilla. Buelva. Córdoba. Málaga.

decoración
cerámica
azulejos
saneamiento
hierros
artísticos



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.

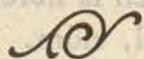


Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en
CORTINAJES ARTÍSTICOS, ALMOHADONES FLAFONIER, etc., etc.

Luis Vinardell

Azulejos *o* Mosaicos
Pavimentos
Cuartos de baño
Aparatos sanitarios



Exposición:

Alcalá, n.º 12. = Madrid



Alesanco

Periferia :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6